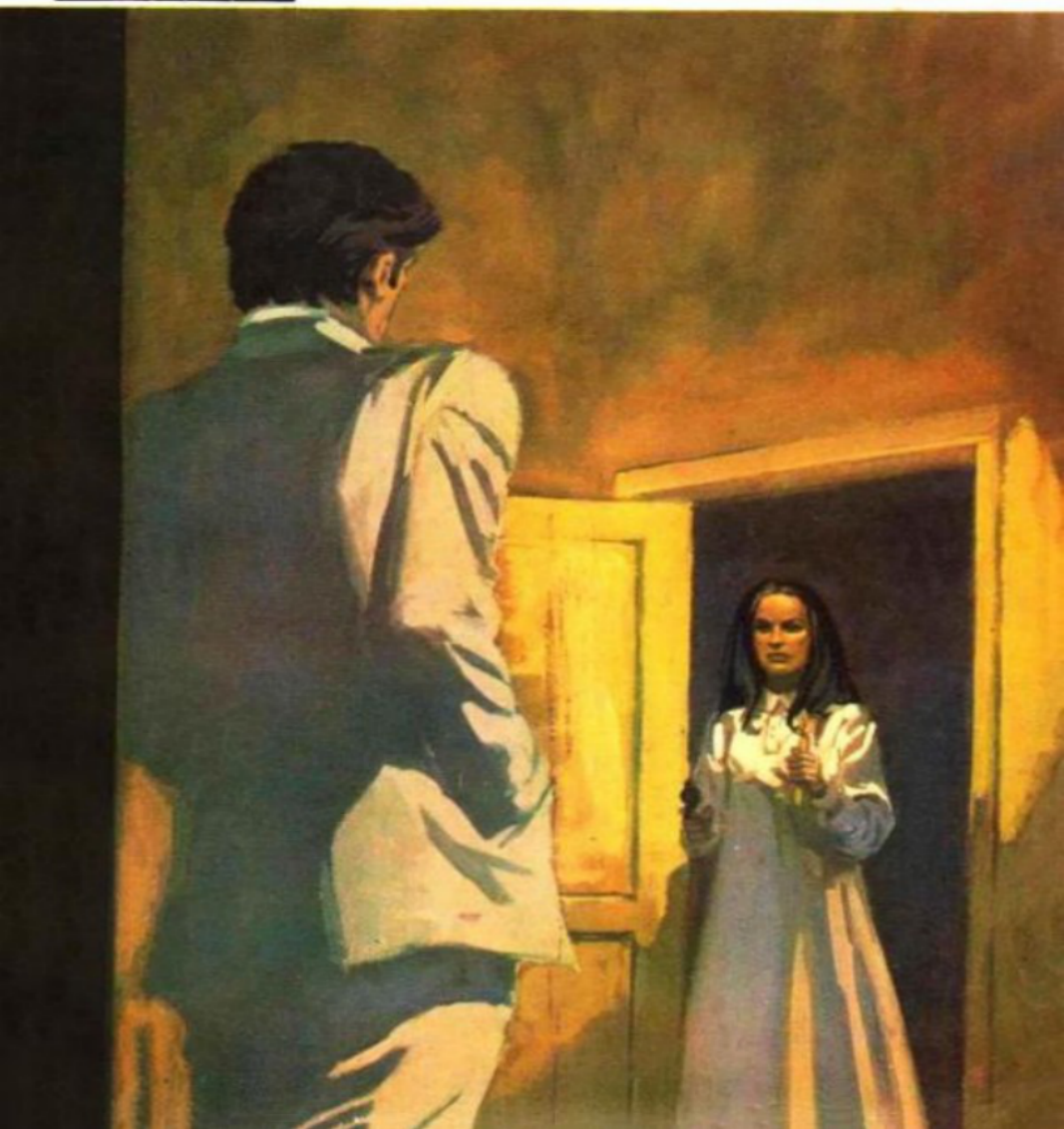


BOLSILIBROS
BRUGUERA

 SERIE
**PUNTO
ROJO**

trágicos secuestros

clark carrados



COLECCION

PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

TRAGICOS SECUESTROS

Colección PUNTO ROJO n.º 428

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 21.123-1970

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: julio, 1970

© CLARK CARRADOS - 1970
sobre la parte literaria

© JORGE SAMPER - 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor,
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **BISONTE:**

1.170.—Cita en Pueblo Muerto.

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.025.—Cuenta corriente para morir.

En Colección **BUFALO:**

860.—El tren de oro.

En Colección **CALIFORNIA:**

676.—Bandera para forajidos.

En Colección **COLORADO:**

663.—Solos ante el peligro.

En Colección **KANSAS:**

588.—La larga sombra del ahorcado.

En Colección **BRAVO OESTE:**

373.—La marca borrada.

En Colección **PUNTO ROJO:**

421.—Necrón II.

En Colección **SALVAJE TEXAS:**

733.—El honor del capitán Grabb.

En Colección **ASES DEL OESTE:**

453.—Se vende una pistola.

En Colección **ENVIADO SECRETO:**

102.—¡Destruir al destructor!

CAPÍTULO PRIMERO

La lectura de aquel anónimo produjo en Danny Steyner una sonrisa de conmisericordia benevolencia, en lugar del miedo que, indudablemente, había esperado le produjera el autor de aquellas amenazantes líneas.

El anónimo decía:

El precio de su vida son \$ 300.000 en billetes pequeños y sin registrar. Puede empezar a reunir la suma a partir de hoy y hasta el viernes de la semana próxima. Ese día, a las diez en punto de la noche, recibirá usted una llamada telefónica. Si la respuesta a la presente petición es afirmativa, se le indicará el modo de entregar el dinero. En caso contrario, su existencia sufrirá una brusca y nada agradable interrupción.

Steyner no hizo el menor caso de aquel mensaje. Era joven, rico y no era el primer anónimo que recibía. Siempre se trataba de personas desequilibradas que buscaban un desahogo de sus manías divirtiéndose con el miedo que sus amenazas inspiraban a la gente.

Por tanto, Steyner hizo una pelota con el papel, lo arrojó a la papelera más próxima y se desentendió por completo del asunto.

El viernes siguiente, sonó el teléfono en el lujoso salón de la residencia de Steyner. Rawlins, el correcto mayordomo, atendió la llamada.

—Para usted, señor —anunció después de escuchar brevemente.

—¿Quién es? —preguntó Steyner, muy entretenido con una revista en una mano y una copa en la otra.

—Una voz de mujer, parece, señor. Dice que espera la respuesta a la carta que le escribió al señor la semana pasada.

Steyner hizo un leve gesto con la cabeza. Sí, recordaba la carta.

—Rawlins, dile que se olvide de mí para el resto de sus días —contestó con indiferencia.

—Bien, señor.

El mayordomo tradujo diplomáticamente la respuesta de Steyner:

—El señor no está en casa, señora —dijo. Y, sin más, volvió el teléfono a la horquilla y abandonó el salón.

A la noche siguiente, Steyner entró en un bar para tomarse una copa. Era un local de aspecto más bien corriente, aunque limpio y aseado y con una clientela de aspecto en general decente.

Steyner había estado con unos amigos en un teatro próximo, presenciando una función escrita por un conocido. A Steyner le aburría el teatro, pero no había encontrado pretexto para eludir la invitación. Solo a última hora consiguió separarse del grupo y entre aburrido y enojado por aquel compromiso, entró en el bar para desahogarse con dos copas.

A la izquierda del mostrador había una escalera que conducía al piso superior. Steyner supuso que habría habitaciones reservadas donde dos personas podrían conversar sin temor a ser molestadas.

Un minuto después, entró una hermosa mujer en el bar. Vestía un traje negro, de maxifalda, que le llegaba hasta los tobillos. La falda, sin embargo, estaba abierta por el costado derecho hasta la cadera. A través de la abertura, Steyner pudo ver la seda negra que envolvía una pierna de contornos perfectos.

Ella pidió una copa de brandy. Mientras se la servían, abrió un bolso, del que extrajo una pitillera. Sus ojos grandes, rasgados, se posaron unos instantes en el rostro de Steyner.

La mujer se puso un cigarrillo en los labios. Steyner se apresuró a sacar su encendedor, pero llegó tarde.

Ella bajó la mano derecha y separó un poco la falda. En la parte alta del muslo llevaba una especie de arnés, con adornos de plata, que sujetaba un encendedor del mismo metal. A Steyner se le encandilaron los ojos ante aquel espectáculo.

El camarero sirvió la copa. Steyner se arregló el nudo de la corbata. La mujer le miró a través de los párpados entrecerrados, con el cigarrillo en la boca. Era una expresión incitante que Steyner, experto en lides amorosas, no podía desconocer.

Acabó su copa y se acercó a la mujer.

—¿Sola? —preguntó.

Ella hizo un leve gesto de asentimiento.

—Me llamo Steyner, Danny Steyner —se presentó él.

—Lena Thompson —dijo ella.

—Encantado, Lena.

—Encantada, Danny.

Steyner sacó un billete y lo puso sobre el mostrador.

—Hay mucha gente en el bar —comentó—. ¿No le parece?

—Sí, demasiada gente —admitió Lena.

—Entonces, aquí no estamos bien.

—¿Hay algún sitio mejor?

—Arriba, en un reservado. ¿Qué opina?

Lena aplastó el cigarrillo contra el cenicero.

—Bueno —accedió.

—¿Champaña?

—Excelente.

Steyner hizo un gesto. El camarero se acercó.

—¿Señor? —dijo respetuosamente.

—Una botella de champaña... ¿en qué número?

—Número cinco, señor —indicó el camarero.

Otro billete fue a parar al mostrador.

—Enseguida le serviremos el champaña, señor.

Steyner tomó el brazo de la joven.

—¿Vamos, Lena?

—Sí, Danny.

Era una escena repetida millares de veces. Nadie prestó la menor atención a la pareja que subía escaleras arriba.

El camarero subió poco después con el champaña y las copas. Lena y Steyner charlaban apaciblemente, sentados en un diván. El camarero destapó la botella, llenó dos copas y se marchó sin decir una sola palabra.

—Te traeré una copa, Lena —dijo Steyner.

—Gracias, Danny.

Steyner se levantó. Al volverse, vio que Lena tenía un cigarrillo en la boca.

—Oye, ¿sabes una cosa? —dijo sonriendo—. Me gusta el sitio donde llevas el mechero.

Ella apartó la falda, a la vez que sonreía.

—¿Te gusta? —preguntó.

—Es un... encendedor maravilloso —sonrió Steyner.

Se acercó a Lena, quien se ponía en pie en aquel momento. Lena elevó el mechero como si fuese a encender el cigarrillo. Steyner apreció que era de un tamaño desusado.

—Aquí tienes, Lena —dijo.

Pero ella no hizo el menor ademán para tomar la copa. Presionó un resorte y se oyó un ligero chasquido.

Steyner se llevó la mano a la mejilla izquierda, en la que acababa de sentir un leve pinchazo.

—¿Qué es esto? —exclamó.

Lena le miraba fijamente. Steyner sintió de repente un miedo espantoso.

Pero antes de que pudiera hacer nada, notó que todo daba vueltas a su alrededor. Las rodillas se le doblaron y quiso gritar, pero un extraño nudo en la garganta se lo impidió.

Instantes después, yacía sin sentido en el suelo. Lena volvió el mechero al mismo sitio y, agachándose, arrastró el cuerpo de Steyner

hacia la ventana de la habitación.

Una vez lo hubo llevado junto a la ventana, apagó las luces. Descorrió las cortinas y abrió, asomando medio cuerpo fuera acto seguido.

Lena silbó suavemente. Instantes más tarde, una furgoneta de plataforma descubierta maniobró en marcha atrás, hasta situarse directamente bajo la ventana.

Con menos esfuerzos de lo que podría parecer, dada su esbelta silueta, Lena puso sobre el antepecho el inconsciente cuerpo de Steyner. Lo agarró a continuación por los pies y lo arrojó al vacío.

La plataforma de la furgoneta estaba acolchada con una gruesa capa de espuma de caucho. De este modo, los efectos de la caída quedaban anulados por completo.

A continuación, Lena se sentó en el antepecho. Tomó impulso y se dejó caer sobre la plataforma. Otra mujer la ayudó a incorporarse apenas tomó contacto con el acolchado.

—¿Dificultades, Lena?

—Ninguna. Todo ha salido como usted lo planeó, señora Welsey.

La otra mujer sonrió.

—Eres una discípula muy aprovechada, Lena —elogió. Inclínándose, cubrió el cuerpo de Steyner con un par de mantas—. Anda, ven conmigo a la cabina. Este dormirá todavía unas cuantas horas.

—Muy bien, señora Welsey.

Las dos mujeres saltaron al suelo y se dirigieron a la cabina. Segundos más tarde, el vehículo abandonaba el callejón.

A las tres de la madrugada, el *barman* empezó a pensar en la conveniencia del cierre. Ya no había nadie más en el bar y no parecía probable que acudiesen otros clientes.

Pero entonces se acordó del reservado número cinco. Un gruñido de enojo brotó de sus labios.

—¿Hasta cuándo piensan estar allá arriba? —masculló.

Se dirigió a la escalera y subió al piso superior. Alcanzó la puerta número cinco y tocó con los nudillos.

—Es hora de cerrar —dijo en alta voz.

Nadie le contestó. Extrañado, al cabo de varias llamadas, el *barman* optó por abrir la puerta.

La habitación estaba a oscuras. Encendió la luz y vio que no había nadie.

La ventana, sin embargo, estaba abierta.

—Vaya una manera que tienen algunos de salir a la calle —rezongó irritadamente. Y luego sin preocuparse de más, apagó la luz, cerró la

puerta y se dirigió a la planta, olvidándose por completo de la pareja que había abandonado el bar por un lugar tan poco común como era la ventana.

CAPÍTULO II

A Tommy Smith lo conocía la gente del hampa por el apodo de el Piernas debido a la velocidad con que solía escapar del acoso de la policía cuando era perseguido. Mike Hays conocía perfectamente esta peculiaridad y sabía también, además, que el Piernas se había convertido en un sujeto peligroso los últimos tiempos.

De ladronzuelo y estafador, el Piernas se había convertido en asesino profesional. Estaba armado y Hays lo sabía.

Hays lo buscaba no por su último asesinato, sino por ciertos datos que el Piernas podía proporcionarle en relación con un caso que le habían encomendado. A Hays le interesaba llegar a Tommy Smith antes que la policía. Si no lo conseguía, si el capitán Trenton llegaba antes que él, perdería el caso y con él los sustanciosos emolumentos que estaba dispuesto a pagarle su cliente.

Tras largas y tenaces pesquisas, Hays había logrado dar con el domicilio de el Piernas. Su informante le había dicho que Smith tenía, por lo menos, una pistola con silenciador.

Era preciso, por tanto, obrar con el máximo de precauciones. Hays llegó a la puerta señalada por su informante y escuchó con toda atención.

El Piernas era un sujeto muy desconfiado. Desconfiaba de todo y de todos, pero, en especial, de las mujeres. Hays sabía que lo encontraría solo en la casa.

Con la mano, tanteó el pomo. Como había calculado, la puerta estaba cerrada con llave.

—Con tal de que no tenga cadena de seguridad...

Sacó un manojo de ganzúas y probó unas cuantas, antes de dar con la precisa. Lenta y silenciosamente, abrió y asomó la cabeza por la rendija.

El silencio era absoluto. Hays calculó que el Piernas debía de estar dormido.

Entró en la casa y cerró. Dio un paso, dos... y, de pronto, su pie rozó una cuerdecita atravesada a ras del suelo, de la que pendían unos cuantos cascabeles.

El tintineo de los cascabeles le pareció a Hays el estrépito de las campanadas de una catedral el día de la Victoria. Inmediatamente, saltó a un lado y se parapetó tras un sillón de alto respaldo.

Una voz sonó colérica en el interior de la casa:

—¿Quién anda ahí?

Hays guardó silencio. No tardó en oír pasos cautelosos que se aproximaban a la sala.

Una silueta humana apareció en el umbral de la puerta de comunicación. Al resplandor de un farol próximo, que entraba por una de las ventanas, Hays pudo apreciar el brillo del metal de la pistola que el Piernas sostenía con la mano derecha.

Hays esperó. Podía haber hecho fuego impunemente, pero le interesaba atrapar vivo a su adversario. El Piernas dio un par de pasos en la sala y entonces, Hays, obrando con decisión, empujó el sillón hacia adelante con todas sus fuerzas.

Smith se revolvió ferozmente. Apretó el gatillo una vez y la pistola escupió una casi silenciosa llamarada. En el mismo momento, el sillón le alcanzó en las piernas y lo proyectó con terrible fuerza contra la pared.

El Piernas cayó, lanzando un aullido de rabia. Su pistola se disparó por segunda vez, ahora al techo. Hays no le dio tiempo a reponerse y saltó sobre él, desarmándolo antes de que el forajido pudiera rehacerse.

Smith juraba atronadoramente. Hays se incorporó, con la pistola de su adversario en la mano, y buscó el interruptor de la luz.

—Levántate, Piernas —ordenó.

El pistolero obedeció sin dar muestras de temor, aunque sí de sobrada rabia.

—Usted —dijo, al reconocer a su adversario.

—El mismo, Piernas —sonrió Hays—. Hacía mucho que no nos veíamos, ¿verdad?

—Me gustaría haberle perdido de vista para siempre —refunfuñó el derrotado—. ¿Qué diablos quiere de mí, maldito fisgón?

—Una cosa muy sencilla, Piernas. Las cartas de la señora Oliver.

Smith miró a Hays con expresión divertida.

—Las cartas de la señora Oliver —repitió—. No pide usted nada, detective. Me pide, nada menos, que renuncie a doscientos mil dólares.

—Es lo que exiges por el rescate de esas cartas, ¿verdad?

—Así es; y si la «tipa» no paga, enviaré a su marido una copia de cada carta. El marido sí pagará; Dennis Oliver odia el escándalo.

—Lo sé, pero es que cualquiera puede tener un momento de extravío, y eso es lo que le sucedió a ella con aquel jovenzuelo. Vamos, Piernas, habla de una vez. ¿Dónde están las cartas?

—¿Cuánto le paga a usted la señora Oliver por el trabajo, detective?

—Eso no es cosa que te importe —replicó Hays—. ¿Me lo dices de grado o te arranco la respuesta a la fuerza?

—No me asuste, detective. Si sigue así, me desmayaré de miedo —

dijo el forajido burlonamente.

—Está bien, puesto que no quieres contestarme...

La pistola cambié de mano. Súbitamente, sin previo aviso, Hays disparó su puño derecho.

Alcanzado de lleno en la mandíbula, el Piernas retrocedió violentamente. Chocó contra una pared y cayó de rodillas al suelo, lanzando espumarajos de rabia.

Al intentar levantarse, una rodilla le golpeó el pómulo derecho, lanzándole hacia atrás. Smith emitió un aullido de rabia.

—Soy más duro de lo que piensa, detective —bramó—. No conseguiré nada de mí...

Hays le dejó incorporarse de nuevo. Entonces volvió a golpearle.

Esta vez, el Piernas no lo resistió y perdió el sentido.

Cuando lo recobró, se encontró en una singular posición.

Estaba colgado de los pies, con los brazos sujetos al cuerpo por una recia tira de sábana. La cuerda que le sostenía y que hacía que su cabeza quedase a treinta centímetros del piso, estaba anudada en un gancho sujeto al dintel de la puerta del baño.

El Piernas blasfemó a voz en cuello, tratando de liberarse de tan incómoda situación, pero no lo consiguió. En su fuero interno, hubo de reconocer que aquel condenado detective sabía hacer bien las ligaduras.

Hays apareció de pronto en la habitación contigua al baño. Para el Piernas era una experiencia nueva ver a la gente desde su posición de cabeza abajo, con los ojos a menos de dos palmos del suelo.

—Hola, Piernas —sonrió Hays—. ¿Qué, me dices dónde están las cartas?

—¡Váyase al diablo! No conseguiré que se lo diga.

—¿De veras? —le interrumpió Hays sonriente—. Conozco métodos que desatan las lenguas más reacias, Tommy, créeme.

—No la mía, detective. Soy más duro de lo que parece.

—Está bien, está bien. Voy a darme el gusto de comprobar si hablas en serio o solamente se trata de fanfarronadas.

Hays se acuclilló cerca de su prisionero.

—¿Ves este trozo de vela? —preguntó—. Ahora lo pondré en el suelo, justo debajo de tu cabeza, y la encenderé. La llama quedará a un centímetro de tu cráneo, el cual, por si no lo sabes, he afeitado previamente mientras dormías. Créeme, Piernas, si hay un olor que me desagrade más es el pelo quemado. ¡Es repugnante!

Smith lanzó un aullido de pánico. Impasible, Hays colocó la vela en el lugar señalado y sacó una tira de fósforos.

Encendió uno. El Piernas emitió un agudo chillido.

—¡No, no! —jadeó—. Se lo diré... pero no encienda esa maldita

vela. Las cartas están en una taquilla automática de la Estación Central de Autobuses. La llave está en mi traje. ¡Cójala y lárguese con mil diablos!

Hays sonrió.

—Sabía que acabarías por ser comprensivo —dijo—. No hay nada como la persuasión y la dulzura, amigo Tommy. Gracias por tus informes, muchacho.

Momentos después, regresaba al mismo sitio, haciendo saltar una llave en la palma de la mano.

—Tommy, por tu bien espero que no me hayas engañado —manifestó severamente—. No te lo perdonaría jamás.

—Le he dicho la verdad. Esas cartas están en la consigna automática.

—Por si acaso, lo comprobaré primero, Tommy.

—Pero después vendrá a soltarme —dijo el cautivo esperanzadoramente.

—Si no vengo yo, lo harán unos amigos míos —contestó Hays.

Los amigos de Hays vinieron una hora más tarde. El jefe de la cuadrilla era el capitán Trenton, de la policía local.

Trenton se detuvo ante el prisionero, con las manos en los costados, y lo contempló burlonamente durante unos momentos.

—Esta vez, tus piernas no te han servido para correr precisamente —comentó, con sangrienta ironía.

Smith juraba y maldecía profusamente. Demasiado tarde comprendía la burla del detective.

—Vamos, descuélguenme pronto —pidió, con la cabeza congestionada a causa de la postura prolongada durante tanto rato—. ¿Es que me van a tener así durante toda la vida?

Trenton sacó una navaja.

—Será un placer, Piernas, te lo aseguro —manifestó—. Esta vez no te librarás de comparecer ante un jurado. ¿Sabes? hay dos testigos que te vieron disparar contra John Mulrooney y...

Smith dejó de jurar. Empezó a llorar, pensando en el porvenir tan negro que le esperaba. En el mejor de los casos, su perspectiva era una condena de por vida.

★ ★ ★

La joven entró en la estancia donde había seis mujeres más, sentadas en torno a una mesa, sobre la cual depositó la pesada maleta que había traído consigo.

—¿Todo en orden, Lola? —preguntó la señora Welsey.

—Sí, señora —contestó la interpelada—. ¿Quiere verlo?

—No estaría de más, ¿verdad, chicas?

Las chicas, todas ellas de deslumbrante hermosura y entre las que se encontraba Lena Thompson, asintieron casi unánimemente. Lola no cedía en belleza a ninguna de las presentes.

También Debra Welsey era muy hermosa. Alta, de formas estilizadas, pero netamente femeninas, tenía el pelo pajizo, casi blanco, y en el óvalo de su rostro, de trazado perfecto, lucían dos ojos de pupilas muy claras que, en ocasiones, según incidía en ellas la luz, tomaban reflejos escarlatas.

Ninguna de las chicas era baja. Debra Welsey sabía el efecto psicológico que causaban en los hombres las mujeres de buena estatura. El aspecto de las jóvenes, sin embargo, era muy distinto de unas a otras. Incluso había una mulata, Sally Teel, cuya cara y cuya figura atraían indefectiblemente las miradas de los hombres y les hacía olvidarse de todos los problemas raciales.

El lujo de la habitación estaba matizado por el buen gusto en los muebles y demás ornamentos de la decoración. Todas ellas vestían con gran elegancia, incluso con exagerada audacia. La señora Welsey no era la más pacata en la indumentaria. Podía hacerlo perfectamente, por otra parte, puesto que no había cumplido aún los treinta años.

Lola Toledo abrió la maleta. El espectáculo de los billetes cuidadosamente apilados fascinó a las chicas.

—¡Maravilloso!

—¡Encantador!

—¡Increíble! —eran las exclamaciones más comunes.

Debra sonrió complacida.

—Todavía hay más, muchos más billetes en los Bancos —dijo—. Solo es preciso encontrar a quienes puedan proporcionarlos.

—Los hombres —dijo Lena.

—Exacto. Uno de ellos ya nos ha proporcionado la bonita cifra de trescientos mil dólares. Todavía quedan muchos hombres ricos, a quienes les sobra el dinero que a nosotras nos falta.

—Señora —dijo Janice Ernest, una despampanante rubia, de rostro tan delicado como el de una princesa de hadas—, ahora queda un problema por resolver.

—Ah, sí —dijo Debra con indiferencia—. Tenemos que resolver el problema de Danny Steyner. Una de nosotras tiene que hacerlo, pero actuará por sorteo, para que no haya celos de las demás.

Debra Welsey alargó la mano hacia una bolsita de terciopelo que había sobre la mesa. Al agitarla un poco, se oyó un ruido de bolas que entrechocaban en el interior de la bolsa.

—Hay siete bolas —anunció—. Una de ellas es de color rojo. Cada una de nosotras, por turno, meterá la mano en la bolsa y sacará su bola. Las manos, sin embargo, permanecerán cerradas, hasta que se haya concluido la extracción. Entonces se abrirán todas a la vez. Aquella a quién le haya tocado la bola roja se encargará de... endulzar los últimos momentos de Danny Steyner.

Debra fue la primera en meter la mano, que sacó inmediatamente. Luego alargó la bolsa a la chica que tenía a su derecha, Sally Teel, la hermosa mulata.

A los pocos segundos, había concluido la operación. Siete manos permanecían cerradas sobre la mesa.

—Abrid —ordenó Debra.

Siete manos se volvieron boca arriba y enseñaron sus bolas respectivas. Debra sonrió a la vez que miraba a Janice Ernest.

—Eres muy afortunada, Janice —dijo suavemente—. Anda a prepararte para que Danny Steyner te encuentre a la noche más hermosa que nunca.

CAPÍTULO III

Danny Steyner bramaba de rabia interiormente.

Llevaba ya varios días secuestrado. Ahora podía comprobar que la amenaza del anónimo no había sido proferida en vano.

Lo peor de todo era que no tenía la menor idea de quién o quiénes le habían secuestrado, aunque sí sabía que una mujer había intervenido en el hecho.

Pero desde aquel momento, desde que el mechero se convirtiera en un lanzador de dardos narcóticos, ya no había vuelto a ver más a la misteriosa Lena Thompson. Ni a ninguna otra persona.

Estaba encerrado en una habitación con un pequeño cuarto de baño contiguo. Las ventanas estaban protegidas por sólidas rejas.

Al otro lado de cada reja, un recio mamparo de madera pintado de negro impedía la visión del exterior. Ciertamente, la estancia disponía de una puerta, pero al otro lado de la misma había también una reja. La cerradura de la puerta de madera era sólida y Steyner por otra parte, no tenía medios para romperla, aparte de que luego se hubiera encontrado con la reja de hierro.

Tres veces al día le servían de comer. Cuando esto ocurría — Steyner ya se había acostumbrado a ello—, alguien tocaba con los nudillos en la puerta de madera. Steyner abría entonces y encontraba una bandeja con comida en el suelo.

Nadie se dejaba ver. Al otro lado de la reja, pero lo suficientemente alejada de ello para no alcanzarla con la mano, había una espesa cortina de terciopelo negro, que le privaba de la visión de lo que había más allá. Steyner dejaba la bandeja con los restos de la comida anterior y tomaba la que acababan de traerle.

No le servían bebidas, solo agua que tomaba del grifo del baño. En cuanto a utilizar los cubiertos como medio de evasión, ni soñarlo. Eran de plástico y, además, muy blandos. Los platos eran también de plástico.

En toda la habitación, como tampoco en el baño, había nada que pudiera facilitarle la fuga. Cualquier objeto que hubiera servido para ayudarle en un intento de evasión había sido sacado con anticipación de la estancia. En ella solo había una cama con ropas, un par de sillas y una mesita baja con algunos libros, bien poco amenos por cierto.

Hacía días que Steyner había firmado un cheque, con intención de salir libre. Pero hasta el momento, no se había cumplido la promesa

que se le formuló por escrito, en una nota dejada junto a la comida.

Steyner rabiaba interiormente. ¿Acaso no habían recibido ya el dinero sus secuestradores?

De pronto, cuando menos lo esperaba, oyó ruido de cerrojos. Maquinalmente, volvió la vista hacia la puerta.

Primero oyó la cerradura de la cancela de hierro, que se abría y se cerraba muy seguidamente. Luego se abrió la puerta de la estancia.

Una mujer cruzó el umbral. Steyner se quedó sobresaltado al verla.

Era rubia, de larga cabellera que pendía suelta sobre los hombros, de gran hermosura de rostro y de cuerpo. Vestía una especie de peinador de flotantes velos, transparentes, que permitían contemplar una silueta de perfecta anatomía. Ella entró y le sonrió dulcemente.

—Hola —saludó con voz baja y acariciante.

—Hola —dijo Steyner—. ¿Quién es usted?

Janice no contestó. Miraba a Steyner con ojos muy abiertos, sin dejar de sonreír. Tenía las manos a la espalda.

—Quiero salir de aquí —manifestó Steyner.

—Sí —sonrió Janice—. Yo he venido a ayudarle a que lo haga.

—¿De veras? —La esperanza renació súbitamente en el pecho de Steyner—. Escuche, hermosa, si me ayuda a salir, le pagaré bien. Soy muy rico, ¿sabe?

—Le ayudaré a salir —repitió Janice.

Steyner avanzó hacia ella.

—Preciosa —sonrió—. Cuando salgamos, haré todos los posibles para que no me olvide jamás.

—No, no le olvidaré, Danny.

—¿Conoce mi nombre?

—Sí, conozco su nombre.

Steyner no se percató de que las respuestas de la joven eran mecánicas, emitidas con una voz impersonal, carente de inflexiones. Lo único que veía ante sí era una bellísima mujer, cuyas formas apenas si estaban veladas por los ropajes que llevaba puestos.

Steyner había sido siempre un admirador de la belleza femenina. Aquella joven le atraía extraordinariamente.

Además, decidió que no estaría de más tratar de conquistarla para que colaborase con él en su evasión. Se acercó a ella y puso las manos en su cintura.

—Te cubriré de joyas, te daré todos los lujos que ambiciones —susurró cálidamente a su oído—. Saldremos juntos y... Pero todavía no me has dicho cómo te llamas —alegó, mientras oprimía fuertemente contra su pecho el cuerpo de Janice.

—Mi nombre es Muerte —contestó ella.

Steyner soltó una alegre carcajada.

—¡Qué humor tan bueno es el tuyo! —exclamó—. ¡Muerte, qué hermosa eres!

Y buscó sus labios, mientras los brazos de Janice se elevaban para abrazarle. La postura impidió a Steyner ver el afilado estilete que Janice empuñaba con la mano derecha.

Steyner besó a la joven. De pronto, la mano de Janice descendió violentamente.

Se oyó un chillido agudísimo. El cuerpo de Steyner sufrió una terrible convulsión.

Quiso separarle de ella, pero la mano izquierda de la joven le retenía ahora por los cabellos. El estilete penetró varias veces en su espalda.

Al fin, lanzando un atroz ronquido, Steyner se desplomó al suelo. Pataleó un rato y luego se quedó quieto.

Debra apagó la pantalla de televisión que les había permitido contemplar la escena íntegramente. Una extraña sonrisa florecía en sus labios.

—No os impacientéis, muchachas —dijo a las cinco mujeres que estaban a su lado—. Pronto os tocará el turno a vosotras. Janice ha sido hoy la afortunada, pero, naturalmente, queda excluida del próximo sorteo. No sería justo que volviese a jugar otra nueva partida, con la vida de un hombre como premio.

★ ★ ★

Mike Hays estaba sentado en un cómodo sillón, frente a una ventana con los visillos entrecerrados. Sobre las rodillas tenía unos potentes prismáticos, con los cuales vigilaba de cuando en cuando determinada estancia del edificio situado al otro lado de la calle.

En el suelo, a su izquierda, había un periódico. La noticia, con grandes titulares, se refería al forajido a quién había capturado semanas antes. El Piernas había sido hallado convicto del asesinato de John Mulrooney y ahora esperaba el cumplimiento de la sentencia en la galería de los condenados a muerte, en San Quintín.

A Hays, sin embargo, ya no le interesaba lo que le pudiera suceder a él Piernas. Con la recuperación de las cartas comprometedoras, había concluido su misión en el asunto. El capitán Trenton, por otra parte, había tenido la delicadeza de no mezclarle en el caso.

La señora Oliver se habría visto en un grave apuro de haber tenido que pagar los doscientos mil dólares que le pedía el Piernas. En cambio, podía dar a Hays cinco mil, sin que su marido lo notase. La señora Oliver había estimado que semejante cifra era lo mínimo que podía

hacer para expresar su gratitud a quién la había salvado de un serio compromiso.

Hays había olvidado ya el caso. Ahora tenía otro entre manos.

Había una rubia hermosa, calculadora y fría que estaba a punto de arruinar un hogar. Su misión consistía ahora en buscar pruebas de que la rubia no era lo que aparentaba. Cuando las hubiese encontrado, serían presentadas al cándido palomo que se había sentido de pronto en una segunda juventud y olvidaba los lazos que le unían a otra mujer.

Tras consultar con la afectada, Hays había decidido que lo mejor era probar a su esposo que la mujer que decía haría su felicidad en el ocaso de su vida no era lo que aparentaba. Por eso llevaba ya varios días espiándola continuamente.

Hasta el momento, la rubia no había dado un solo paso en falso. Hays, sin embargo, sabía tener paciencia. A la larga o a la corta, obtendría las pruebas que estaba buscando.

El «palomo», por otra parte, no podía actuar como un jovenzuelo. Era un sujeto respetable, que debía cuidar mucho las apariencias y no solo por sí, sino por sus negocios, que podían sufrir graves quebrantos si se hacían públicos sus devaneos. Esta era otra de las ventajas con que contaba Hays.

Junto a la ventana, sobre un trípode, Hays tenía una cámara cinematográfica preparada desde hacía días, con objetivo *zoom* para aproximación de imágenes. Cuando lo necesitase, solo tendría que apretar un botón para que la cámara funcionase e impresionase las escenas que se produjeran en el dormitorio de la rubia.

La rubia entró de pronto en el dormitorio y empezó a quitarse las ropas. Era un espectáculo agradable; bien mirado, la rubia estaba muy bien formada.

La rubia se arregló un poco y luego se puso una bata. De pronto, movió la cabeza en dirección hacia la puerta.

—Ahí está —dijo Hays a media voz.

Enfocó los prismáticos hacia la ventana. La rubia había salido del dormitorio, pero volvió a poco, acompañada de un hombre joven y apuesto.

Hays presionó el botón de contacto y la cámara empezó a funcionar, registrando fielmente todos los besos y caricias que se prodigaba la pareja. Hays se aflojó el nudo de la corbata; la escena era más bien tórrida.

De repente, oyó pasos detrás de él. Extrañado, se preguntó quién podía haber entrado en un piso cuya llave estaba en su poder.

Intentó volver la cabeza. En el mismo momento, un chorro de gas le dio en pleno rostro y perdió el conocimiento casi por completo.

Podía ver, pero muy turbiamente. Sus fuerzas le habían abandonado. Sentía una extraña laxitud, lo que no impidió notar que le ataban fuertemente al sillón.

El narcótico no debía de ser muy potente o quizá no le habían aplicado sino una dosis muy ligera. A los pocos minutos, Hays notó que se recobraba con normalidad.

Entonces, asombrado, vio a una hermosa joven arrodillada junto a la ventana. El antepecho le servía de parapeto.

La chica, de pelo muy negro, tenía en las manos un rifle dotado de silenciador y mira telescópica.

—¡Rayos! —exclamó Hays—. ¡Es la primera vez que veo a una mujer convertida en asesino profesional!

Ella no se volvió siquiera.

—No soy asesina. Voy a hacer justicia —contestó.

—¿Con un rifle?

—Si.

Hays tendió la vista hacia la ventana del lado opuesto de la calle. La pareja había desaparecido de su campo visual.

El detective empezó a pensar en salir de tan incómoda situación. Por fortuna, se dijo, la chica no había tocado la cámara, que seguía funcionando.

Ella aguardaba pacientemente, el rifle a punto, apoyado en el antepecho. Hays bajó los ojos y estudió sus ligaduras.

Una sonrisa apareció en sus labios. Movié el antebrazo derecho y una navajita apareció en su mano. Retorciendo sus dedos hacia arriba, empezó a cortar las cuerdas.

Pronto tuvo las manos libres. Cortar las ligaduras de los pies le resultó un juego de niños.

En aquel momento vio que la chica tendía el rifle y que contenía la respiración. El disparo estaba a punto de salir.

Hays vio al acompañante de la rubia en pie, junto a la ventana de la otra casa. Tomando impulso, saltó hacia adelante, agarró a la morena por los hombros y la tiró de espaldas hacia atrás.

Ella gritó. El rifle se escapó de sus manos y cayó al suelo.

—¿Por qué me ha estorbado? —chilló descompuestamente.

—He impedido que cometa un asesinato —respondió Hays sin perder la serenidad.

—Iba a hacer justicia...

—Hay leyes que se ocupan de casos como el suyo —dijo él severamente—. ¿Cómo se llama usted?

—Mi nombre no le importa —contestó la chica en tono agrio, todavía sentada en el suelo—. ¿Por qué no me ha dejado disparar?

—Por la sencilla razón de que no me ha gustado lo que iba a hacer, en primer lugar; y en segundo, porque no quería que una muchacha tan bonita fuese a parar a la cámara de gas. ¿Está celosa?

Ella bajó la vista, avergonzada.

—No estrictamente —contestó—. Él... el hombre que está ahí, abandonó a mí hermana y...

El pecho de la joven se agitaba tempestuosamente. De pronto se puso en pie.

—Me marchó —dijo.

—Sin el arma.

Ella se encogió de hombros.

—Creo que, en medio de todo, tiene usted razón —declaró—. Ese miserable no se merece que una mujer decente se pierda por él. Gracias, señor Hays.

El detective enarcó las cejas.

—¿Me conoce usted?

—Sí.

—En cambio yo no conozco su nombre.

—Me llamo Cynara Alsthom. Adiós, señor Hays —y después de tan rápida despedida, la chica se dirigió hacia la salida, taconeando vivamente.

El rifle y la maleta que había servido para transportarlo despiezado quedaron en el suelo. Hays se rascó la cabeza, perplejo.

—Caramba con el genio de la chica —murmuró—. Si no me suelto a tiempo, lo deja frito.

Y luego tendió los prismáticos hacia la ventana.

La rubia se había quedado sola. El hombre se había marchado ya.

Una sonrisa de satisfacción apareció en los labios del detective.

—¡Qué chasco te vas a llevar, Fanny Leuwen! —murmuró, como si la rubia pudiera escucharle.

CAPÍTULO IV

Fanny Leuwen abrió la puerta y contempló con escasa amabilidad al hombre que, portador de una pequeña maleta, aparecía en el umbral frente a ella.

—No compro cepillos de dientes, ni para la ropa ni cosméticos ni ninguna de las porquerías que pueda vender —dijo secamente.

Sombrero en mano, Hays emitió una amplia sonrisa.

—No soy un vendedor a domicilio, Fanny Leuwen —dijo—. Todo lo contrario, vengo a traerle dinero.

—¿Cómo? —se sobresaltó la rubia.

—Así como suena. ¿Me permite?

Fanny, asombrada, le dejó entrar. Hays cruzó la puerta y colocó la maleta sobre una mesa abriéndola a continuación. Con ojos de pasmo, Fanny contempló el pequeño proyector cinematográfico que Hays se disponía a poner en posición de funcionamiento.

Segundos más tarde, Hays enchufaba el cable de toma de corriente. Cerró las cortinas y presionó el conmutador. Fanny, perpleja, no acertaba a reaccionar.

Hays no había traído pantalla consigo, pero obvió el inconveniente enfocando la cámara hacia una pared blanca. A los pocos segundos, Fanny se vio reflejada en imágenes, semidesnuda y estrechamente abrazada a un hombre joven y apuesto.

Un grito de rabia se escapó de sus labios al comprender las intenciones de su visitante. Furiosa, agarró el proyector con ambas manos y lo arrojó al suelo.

—No importa —sonrió Hays—. Es de los baratos y, además, tengo más copias de la película. Una de las cuales, por cierto, ha recibido ya cierto caballero de edad madura, dispuesto a cometer una barbaridad seducido por los innegables encantos de Fanny Leuwen.

Fanny le contempló unos instantes como si no creyera en lo que acababa de escuchar. De pronto, gritando rabiosamente, agarró un jarrón y se dispuso a romperlo en la cabeza de su visitante.

Hays alzó la mano izquierda y paró el golpe. Con la derecha, castigó el estómago de la rubia.

Fanny se sentó en el suelo, sin aliento y con los ojos llenos de lágrimas. Un sobre blanco cayó en su regazo.

—Dos mil dólares —anunció Hays fríamente—. Dé gracias a que la señora Morney es muy comprensiva; de otro modo, ni siquiera habría

usted tenido esa compensación. Pero si insiste en seguir haciendo carantoñas a su esposo, le costará caro, Fanny. Con ese dinero tiene más que suficiente para abandonar la ciudad o la expulsarán acusada de dedicarse a... ¿Lo digo con todas las letras?

Fanny no tenía fuerzas para hablar. Hays se dirigió hacia la puerta.

Desde allí se volvió y apuntó con el índice a la abatida ocupante del piso.

—Veinticuatro horas, ni una más —puntualizó—. Si en ese plazo no ha abandonado la ciudad, se la acusará de ejercer la prostitución. A fin de cuentas, ¿qué otra cosa hace?

Cerró de un portazo. Fanny contempló melancólicamente el sobre que tenía sobre las rodillas.

Acabó por encogerse de hombros.

—Peor podría haber salido —se dijo, para consolarse.

★ ★ ★

—Estoy preocupado —dijo el capitán Trenton.

Mike Hays removió el azúcar de tu taza de café.

—¿Qué te sucede, viejo sabueso? —preguntó.

—Secuestros. Cuatro —contestó el policía.

—¿Importantes?

—Trescientos mil dólares por barba.

Hays silbó.

—¡Caramba! Con esa suma yo me retiraría durante un par de años a gozar de la buena vida —exclamó.

—Alguien piensa igual que tú, Mike —dijo Trenton sombríamente.

—Cuatro secuestros —repitió Hays—. ¿Qué dicen las víctimas?

—Nada, Mike.

—¿Cómo que nada? Han pagado...

—Y no han vuelto a ser vistos con vida. Eso es lo malo, detective.

Hays frunció el ceño.

—No estoy muy enterado del asunto —manifestó—. No son de la clase de casos que acostumbro a resolver.

—Ya —dijo Trenton sarcásticamente—. Tú te encargas de reconciliar a los matrimonios mal avenidos.

—Me gusta que haya unión en las familias —sonrió Hays—. Aparte de eso, un secuestro entra ya en los límites de lo criminal.

—Lo cual no te impidió poner a él Piernas en mis manos.

—Porque tenía que entregarme unas cartas comprometedoras. Y ya que le había echado el guante, y como sabía que estaba acusado de un asesinato, no me costaba nada dejártelo bien empaquetado para que lo

sentases delante del juez.

—Un favor que agradeceré siempre, Mike. Si averiguas algo de los secuestros, aunque sea indirectamente, avísame.

—O.K., polizonte. Dame los nombres de las víctimas. Quizá averigüe algo que pueda interesarte.

Trenton escribió algo en una hoja de papel, que luego separó de la agenda a que pertenecía. Hays leyó los cuatro nombres y comentó:

—Todos jóvenes, bien parecidos y ricos.

—Ricos ociosos —puntualizó el policía.

—Vamos, *play-boys*.

—Sí, justamente. No me importa que les dejen sin dinero; a fin de cuentas, no hacen otra cosa que gastarlo estúpidamente. Pero temo por sus vidas, esta es la verdad.

—Sí —convino Hays pensativamente—; una vida humana, por inútil que sea, siempre es muy respetable. ¿Qué procedimiento han usado para sacarles el dinero?

—Un cheque firmado por la víctima, cuyo importe es transferido luego a una determinada cuenta corriente, pero situada en un Banco distinto para cada caso.

—¿Tienes el nombre del cuentacorrentista?

—En cada ocasión se ha empleado un nombre distinto y siempre de mujer.

—¡Oh, la mujer! Siempre el eterno femenino —rio Hays—. Dame más datos, capitán.

Esta vez fue Hays el que escribió en su propia libreta de notas, que guardó al terminar.

—Haré lo que pueda. Ahora, precisamente, estoy en blanco de trabajo —dijo.

—Te costará dinero, quizá —especuló el policía.

Hays se encogió de hombros.

—He resuelto un par de casos que me han dado un fruto muy copioso —contestó, a la vez que se ponía en pie—. Cuando sepa algo, ya te lo diré, sabueso.

—Gracias, Mike.

Hays se despidió de su amigo y salió a la calle. ¿Debía investigar el extraño caso de los secuestros?

Una cosa resultaba irrefutable: a trescientos mil dólares por víctima, los secuestradores habían reunido ya un millón doscientos mil dólares.

—Una manera como otra cualquiera de hacerse ricos —resumió así sus pensamientos sobre el tema.

Mike Hays entró en su apartamento y cerró la puerta. Al volverse, se encontró frente a un sujeto que le apuntaba con un revólver provisto de silenciador.

Hays se asombró en el primer momento, pero se recobró enseguida. Fijó la vista en el arma y luego se encaró con el intruso.

—Tengo la sensación de que nos hemos visto antes, Mark Miller, alias el Triste —dijo.

—Sí, pero también es la última vez que nos vemos —contestó Miller.

—¿Puedo conocer los motivos de mi eliminación?

—Los motivos tienen un nombre: Fanny Leuwen.

—Ah —sonrió Hays—. Ahora recuerdo. Fanny Leuwen y la película que impresioné desde la casa de enfrente.

—Sí —gruñó Miller—. Vi la película. Fue una sucia jugada.

—No mucho peor que la que pretendíais hacer ambos a cierto caballero de edad madura, loco por los encantos de Fanny.

—Fanny se ha ido de la ciudad —rugió el intruso.

—Sí, la eché yo. No se merecía menos, Triste.

La mano de Miller se crispó.

—Está bien —dijo—. Ya no volverás a meterte más en asuntos que no te importan, condenado fisgón. Has estropeado uno de los mejores negocios de mi vida, pero no lo repetirás jamás.

—Lindo negocio, a fe —calificó Hays, imperturbable—. El maduro caballero habría abandonado a su actual esposa para casarse con Fanny. Dentro de seis meses, Fanny habría obtenido el divorcio, acusando a su esposo de crueldad mental y, a vía de compensación, habría recibido una sustanciosa suma, más una cantidad mensual para alimentación. Y tú, claro, a vivir a costa de Fanny. ¿Sabes cómo se llama eso, Mark?

—No importa ahora. Encontraré otra pareja y repetiré la faena, te lo aseguro, aunque tú no lo verás, por supuesto.

Hays se encogió de hombros.

—Puedes apretar el gatillo cuando quieras, Triste —dijo—. Pero no olvides que hay una cámara oculta que está registrando la imagen y el sonido desde que entré. Esa filmación será la que te envíe a San Quintín. El capitán Trenton lo sabe y será lo primero que busque cuando venga a investigar.

Miller se sobresaltó. Sus ojos empezaron a otear la sala en todas direcciones.

Hays aprovechó la ocasión para disparar una silla con el pie. La silla alcanzó a Miller en la cara y el pecho y lo derribó al suelo.

El revólver se disparó inofensivamente, mientras Miller chillaba de rabia. Hays cayó sobre él y lo molió a golpes.

Miller terminó llorando, con la cara tumefacta. Implacable, Hays lo registró cuidadosamente, despojándole de cuanto llevaba encima, a excepción de sus documentos personales.

Seiscientos dólares pasaron a poder del detective.

—Irán al fondo de huérfanos de la policía —dijo—. No vayas a creer que voy a quedarme con tu dinero, aunque bien merecerías que lo hiciese. Por cierto, ¿qué fue de la señorita Alsthom?

Miller le miró asombrado con un solo ojos. El otro estaba cerrado a consecuencia de un golpe.

—¿Mary Alsthom? —preguntó—. ¿De qué la conoce usted?

—Éramos amigos —mintió Hays.

—Lo siento. La atropelló un tren.

—Sería cosa de discutirlo. Su sangre, de todas formas, mancha tu cabeza, Triste. Anda, lárgate y no vuelvas a cruzarte más en mi camino o te aplastaré como a una pulga.

El rufián se alejó, tambaleándose, hacia la puerta.

Hays aceleró su salida mediante la aplicación nada amable de la puntera de un zapato contra sus posaderas.

Luego se sirvió una copa para tranquilizarse. El mal rato pasado no había tenido nada de agradable.

Un poco más tarde, se entretuvo en revisar una agenda hallada entre las ropas de Miller. Había numerosas direcciones, femeninas principalmente. Una anotación, sin embargo, atrajo especialmente su interés.

Era un domicilio, sin duda, pero no tenía indicación alguna acerca de su propietario. La nota decía, simplemente: 616, West Road.

Hays se preguntó a quién podría pertenecer la dirección sin nombre. Pero casi enseguida se despreocupó del asunto. No obstante, aquella dirección quedó agazapada en su subconsciente.

—Debe de ser de alguna prójima muy apreciada por el Triste —comentó para sí.

Y luego, tranquilamente, empezó a desvestirse para meterse en la cama. Era hora de reposar de las fatigas del día.

★ ★ ★

En la bolsa de terciopelo quedaban tres bolas.

Debía Welsey metió la mano y sacó una bola blanca. Lola Toledo sacó también del mismo color.

—Solo queda la roja —dijo Debra, mirando a Fay McNabb, una

espléndida pelirroja de formas opulentas y ojos verdes.

Fay asintió. La bola roja apareció sujeta por sus dedos.

—¿Estás dispuesta? —preguntó Debra.

—Sí —contestó Fay.

Sally se quejó.

—¿No habrá más oportunidades para nosotras? —preguntó.

—¿Tienes ganas de repetir la experiencia? —quiso saber Debra, sonriente.

—Resultó muy agradable, en efecto —contestó la hermosa mulata.

—Paciencia —aconsejó Debra Welsey—. Simón Thallon es el quinto de la serie. Quedan dos para Lola y para mí. Cuando hayamos acabado la serie, iniciaremos otra.

Aquella noche, seis mujeres se congregaron ante el televisor y vieron a Fay McNabb avanzar hacia el quinto prisionero.

Simón Thallon era un hombre a quién gustaban mucho las mujeres, pero con un genio endiablado. La contemplación de los encantos de Fay no le impresionó en absoluto.

Lo único que quería Thallon era escapar de allí, fuera como fuera. Rechazó los avances de Fay y la derribó al suelo.

Fay se levantó y saltó sobre él, puñal en mano. Thallon era un hombre robusto y la desarmó con facilidad.

—¡Estúpida! —dijo Debra furiosamente.

Fay quiso recobrar el cuchillo. Enloquecido por la rabia, Thallon le clavó el estilete en la garganta. Fay cayó al suelo, pateando espantosamente, mientras trataba en vano de contener con las manos la sangre que brotaba de la herida.

—Tendré que solucionar yo este inconveniente —dijo Debra.

Abandonó el televisor y descendió al piso inferior. Corrió hacia una escalera que se hundía en la tierra y llegó al sótano a tiempo de ver cómo Thallon intentaba apartar las cortinas que ocultaban la reja.

Thallon apareció ante sus ojos, manchadas las ropas de sangre, los ojos extraviados. Todavía tenía en la mano el estilete con el que había matado a Fay.

—¡Apártese, señora! —gritó, fuera de sí.

Imposible, Debra sacó un revólver y disparó los cinco tiros contra Thallon. El prisionero cayó al suelo, agitándose débilmente.

Debra cortó sus movimientos con un último disparo. Luego meneó la cabeza.

—Esto ha quedado asquerosamente manchado de sangre —fue el único comentario que hizo.

CAPÍTULO V

—El quinto secuestro —se lamentó el capitán Trenton—. Cinco hombres han desaparecido ya y no se ha encontrado el menor rastro.

Hays asintió.

—Sí, los periódicos meten mucha bulla estos días —admitió—. ¿Se ha cobrado ya el dinero de Thallon?

—Como de costumbre. Los secuestradores han ganado ya millón y medio, Mike.

—Y, es de suponer, las víctimas habrán desaparecido para siempre, una vez firmado el cheque.

—No hay otra alternativa. De lo contrario, habrían reanimado su vida normal.

—Un caso peliagudo, en efecto —dijo Hays—. ¿Ninguna pista, capitán?

Trenton suspiró.

—Ni la más mínima, Mike —contestó.

—Yo no he podido averiguar nada. Lo siento, capitán.

—De todas formas, gracias. Esto me va a costar el cargo, Mike —se dolió el policía.

—Capitán, cinco secuestros son muchos secuestros para que, a la larga, los autores no dejen ningún rastro. ¿Se sabe dónde fue visto Thallon por última vez?

—Sí. Lo vieron en un bar, el Silver Horseshoe. Entabló conversación con una estupenda morena que entró poco después que él y luego se fueron juntos. Esta fue la última vez que se vio con vida a Thallon.

—Iré al Silver Horseshoe —prometió Hays—. No garantizo nada, pero haré lo que pueda, capitán. Thallon no era casado, según creo.

—No, no estaba casado.

—Todos los secuestrados eran solteros, aparte de ricos, claro —observó Hays—. La soltería elimina muchos problemas, capitán.

—Lo cual demuestra que los secuestradores estudian detalladamente a sus víctimas antes de actuar.

—Sí, pero esto no puede durar mucho; ya lo verás —sonrió Hays, a la vez que se ponía en pie—. Te veré otro rato, capitán.

—Adiós, Mike.

Hays salió a la calle y subió a su automóvil. Diez minutos más tarde, lo detenía en las inmediaciones de un bar, cuya muestra era una

gran herradura pintada de purpurina plateada.

Entró en el bar. Era de aspecto corriente, pero no una taberna de mala muerte. Un local como tantos.

Avanzó hacia el mostrador. Sufrió un fuerte choque al encontrarse en la barra con una persona conocida.

—Hola, Cynara Alsthom —saludó sonriente.

La chica se volvió y le miró asombrada.

—El detective —murmuró.

—Acertó —dijo Hays, moviendo la mano al mismo tiempo para llamar la atención del *barman*—. ¿Qué está haciendo aquí, Cynara?

—Pasando el tiempo —respondió ella displicentemente.

El *barman* puso delante de Hays una copa y se retiró. Hays observó a la muchacha. Cynara vestía un ceñido traje rojo, de audaz escote, sin espalda y con una falda cortísima. Un bolso negro, medias y zapatos del mismo color y unos grandes pendientes de azabache completaban el tocado de la chica.

—Tengo el rifle en mi casa —dijo él—. Cuando quiera, puede pasar a recogerlo.

Cynara se encogió de hombros.

—Ya se me ha pasado —contestó.

—Sí, sobre todo, considerando que la muerte de el Triste no habría resucitado a Mary.

—¿Quién le ha dicho el nombre de mi hermana?

El asombro de Cynara resultaba patente. Hays sonrió.

—Hablé con el Triste en persona. Estaba furioso y vino a mí casa para asesinarme.

—¡Cielos! —exclamó Cynara.

—No lo conseguí, por supuesto. Pero me acordé de usted y le pregunté al respecto. Él dijo algo acerca de Mary atropellada por un tren.

—Era una chica débil. No lo pudo soportar —declaró Cynara sombríamente.

—Los tipos como el Triste suelen acabar mal. Dele tiempo; él mismo acabará poniéndose la cuerda al cuello.

Cynara suspiró.

—Sí, eso espero —contestó—. ¿Qué hace? —inquirió a renglón seguido—. ¿Continuará con sus investigaciones?

—En efecto. Es mi oficio —sonrió él—. ¿Puedo hacerle una pregunta, Cynara?

—Desde luego, Mike.

—Usted fue a aquella casa para matar a Mark Miller. ¿Cómo supo que era el fulano de Fanny Leuwen?

—Soy su competidora, Mike —contestó Cynara sonriendo.

Hays respingó.

—¿Qué significa eso, Cynara?

—Simplemente, estoy empleada en una agencia de detectives.

—Vaya —murmuró Hays—. No me lo hubiera imaginado jamás.

Claro que de otro modo no se explica que conociera las relaciones de el Triste con Fanny Leuwen. ¿Está ahora «de servicio» o son sus horas libres?

—De todo un poco, Mike —respondió la chica—. Ando recogiendo informes de un tipo. Quizá lo conozca usted.

—Si me dice su nombre...

—Ezra Kelps.

—No me suena. ¿Asunto de faldas?

—Algo de eso debe de ser. Mi jefe me encargó que recogiera cuantos informes pueda. El cliente es una mujer, aunque no sé más datos por ahora.

—Si puedo ayudarla en algo, avísame sin remilgos, Cynara.

—Gracias, pero me parece que podré arreglármelas sola. Tengo ya cierta experiencia en esta clase de asuntos.

Hays la miró de arriba a abajo.

—Pues viéndola a usted, nadie lo diría —contestó—. En fin, si averiguo algo de Kelps ya se lo diré, Cynara.

—Muy bien, Mike.

Hays pagó las consumiciones. Cynara se disponía también a abandonar el local y salieron juntos.

—¿La llevo a casa, Cynara?

—No hace falta. Tengo ahí mi coche, Mike. Gracias de todos modos.

—Buenas noches, Cynara.

—Adiós, Mike.

Hays quedó en la acera unos momentos, hasta que hubo perdido de vista las luces rojas de cola del auto de Cynara. Luego se acordó de que no había hablado con el *barman* y volvió a entrar en el bar.

★ ★ ★

Hays levantó el teléfono y marcó un número. Esperó hasta que oyó la voz de su amigo el policía al otro lado del hilo y, tras saludarle, le hizo una pregunta:

—¿Conoces tú a un tal Ezra Kelps?

—¿Por qué te interesas por ese tipo, Mike? —quiso saber el capitán Trenton.

—Soy muy curioso —sonrió el joven—. Lo hace el oficio.

—Kelps es un tipo podrido de dinero. Cuarentón, pero de buen ver. Especialmente, le gustan las coristas.

—¿Soltero?

—Sí. Oye, ¿no estarás hablándome de un presunto candidato a un secuestro? —exclamó Trenton, alarmado.

—Claro que no, hombre. Se trata de un lío de faldas y... Bueno, gracias por tus informes, capitán.

Hays volvió el teléfono a su sitio. Se mordió los labios.

Un hombre soltero y rico. Todos los secuestros se habían realizado de un modo impecable, sin que quedasen rastros de los raptados ni de sus secuestradores.

Era algo que no podía hacerse sin una previa y detallada información. ¿Acaso se estaba planeando ya el sexto secuestro?

La alarma nació en el subconsciente del detective. Kelps podía ser el cabo del hilo que les condujese al ovillo del asunto.

Decidió hacer una prueba. Tras consultar en la guía, encontró el teléfono de Cynara y la llamó sin más pérdida de tiempo.

—Madruga usted mucho —se quejó ella—. ¿Por qué me despierta tan temprano?

—¿Temprano...? Son las diez de la mañana —rio Hays—. ¿Esa es la forma que tiene usted de cumplir con su obligación?

—Estuve levantada hasta las dos de la madrugada. Mike —respondió Cynara.

—Buscando informes de Kelps, por supuesto.

—No podría ser de otra forma. Es mi trabajo, claro.

—Desde luego. Cynara, Kelps es un tipo rico y soltero.

—Sí, lo sé.

—¿Quién les encomendó la investigación?

—Una mujer, no sé más. Mi jefe no me dio más detalles.

—Pídaselos, Cynara —rogó Hays—. Quiero saber el nombre y la dirección de esa mujer.

—No sé si mi jefe querrá...

—Si no accede, se lo pedirá el capitán Trenton —arguyó Hays—. Cynara, ¿conoce usted el caso de los cinco secuestros?

—Sí, ¿quién no ha oído hablar de ello en la ciudad?

—Muy bien. Fíjese en un detalle. Los cinco secuestrados eran solteros y ricos. ¿No le sugiere eso nada?

Cynara calló un momento. Luego dijo:

—Mike, ¿está bien que una chica decente exclame «¡Diablos!»?

Hays se echó a reír.

—Si eso la desahoga... Ande, llame a su jefe y pídale esos datos.

Pídale también que le describa a la cliente, si es que usted no la conoce personalmente.

—No, no la conozco, Mike. Aguarde unos minutos; le llamaré enseguida.

Cynara no se demoró demasiado rato. A los cinco minutos, Hays tenía ya la respuesta:

—La mujer se llama Marilyn Guiltford y vive en el ochocientos de la Avenida Clarendon. Es alta, sofisticada, muy rubia, distinguida, con una figura excepcional y parece mujer de dinero. No tiene teléfono, Mike; ella le dijo al jefe que odiaba el teléfono y que cuando tuvieran los informes, que se los remitieran por correo.

—Muy bien, Cynara. Vístase pronto; voy a ir a recogerla enseguida.

—¿Adónde piensa llevarme, Mike?

—A hacer dos visitas sucesivas: una a Ezra Kelps y otra a la señora o señorita Guiltford.

—Conforme, Mike. Estaré lista dentro de un cuarto de hora —respondió la chica.

★ ★ ★

Ezra Kelps arqueó las cejas con expresión displicente y contestó:

—¿Un anónimo? ¿Petición de dinero? No, no he recibido nada de eso.

Hays estudió a su interlocutor. Visto de cerca, Kelps ofrecía las señales irrefutables de una vida disipada, dedicada únicamente a la satisfacción de los placeres que podía proporcionarle su fortuna.

Hays detestaba a este género de individuos. Los consideraba como parásitos de la sociedad. El hecho de que se gastasen su dinero de un modo absurdo, pero que con ello hiciesen ganar a otros, no contribuía a mejorar su opinión acerca de tal clase de sujetos.

—Una tal Marilyn Guiltford ha solicitado informes de usted —dijo Cynara.

Kelps se encogió de hombros.

—No será porque observe una vida demasiado recatada —contestó cínicamente—. Pero si me pidieran dinero bajo la amenaza de un secuestro, echaría el mensaje a la chimenea.

—Señor Kelps, es probable que antes que usted hayan dicho lo mismo cinco hombres, también ricos y solteros. Los secuestraron y no se ha vuelto a saber nada de ellos.

—Eso no va conmigo —insistió Kelps—. Y no conozco a la tal Marilyn Guiltford.

—Está bien —dijo Hays, decepcionado por aquellas respuestas. Era

probable que Kelps dijera la verdad—. De todas formas, si recibiera ese anónimo, no deje de avisar a la policía.

—Lo tendré en cuenta. ¿Algo más? —preguntó Kelps con su displicencia habitual.

—Muchas gracias, eso es todo. Vámonos, Cynara.

En la calle, los dos detectives celebraron un pequeño consejo de guerra.

—Quizá nos equivoquemos —dijo ella.

—Kelps ha dicho que no conoce a la Guiltford.

—Puede que le convenga negarlo, Mike.

—A mí me pareció sincero en este caso, Cynara.

—Sí, pero, entonces, ¿por qué la Guiltford pidió informes de Kelps?

—La solución solo está en hablar personalmente con ella —respondió Hays—. ¿Vamos, Cynara?

—Sí, vamos, Mike.

★ ★ ★

La respuesta del conserje del número 800 de la Avenida Clarendon dejó confusos y desconcertados a los dos detectives:

—Lo siento. Aquí no vive ninguna mujer con ese hombre.

Hays procuró rehacerse del asombro que sentía.

—Quizá use otro nombre —sugirió.

—Es alta, delgada, muy hermosa, pelo claro y viste con gran elegancia. Parece persona de elevada fortuna —informó Cynara.

El conserje rio sarcásticamente.

—Señorita, ¿cree usted que en esta casa puede vivir una millonaria?

Hays paseó la vista por el vestíbulo. Era un edificio de tipo corriente, bien construido, pero no de la clase que resultaba lógica en una mujer de elevada posición económica.

—Es posible que tenga usted razón —admitió con una sonrisa—. Muchas gracias, de todos modos. Vámonos ya, Cynara; aquí no tenemos nada que hacer.

CAPÍTULO VI

Mientras comían en un restaurante cercano, Cynara, pensativa y preocupada, dijo:

—Si Marilyn Guiltford no vive en donde dijo, ¿por qué dio ese domicilio para que le remitieran el correo con los informes acerca de Kelps?

—Se me ocurre una solución —contestó Hays.

—¿Cuál, Mike?

—Los informes deben ser remitidos a esa dirección, en efecto, pero ello no indica que hayan de ser recogidos por la propia Marilyn.

Cynara se quedó mirándole de hito en hito.

—Creo que tiene usted razón —dijo al cabo.

—Yo creo que es así —insistió Hays—. Ustedes deben dirigir su carta al 800 de la Avenida Clarendon, indicando en el sobre el apartamento correspondiente, a fin de que el cartero deposite la carta en el buzón del vestíbulo.

—Sí, eso es verdad El apartamento es el 9-C —puntualizó Cynara.

—Nos quedamos muy sorprendidos al recibir la respuesta del conserje y por eso no acertamos a reaccionar adecuadamente. El cartero, al entregar la correspondencia, no se preocupa del nombre, sino del número del departamento. Si usted tiene una amiga en la casa durante algunas semanas, esa amiga dará su dirección a fin de recibir el correo, que será depositado en su buzón particular, ¿no es cierto?

—En efecto, Mike; y el conserje de mi casa puede llegar a conocerla, pero no en este caso. No es necesario que Marilyn se haya hecho visible; basta que tenga un amigo en el departamento 9-C.

—Exactamente, Cynara —sonrió Hays—. Y ese amigo es el que se encarga de recoger la correspondencia de Marilyn Guiltford y enviarla a otra dirección, en un segundo sobre, a fin de borrar todas las huellas que puedan delatarla.

—En ese caso, Mike, no queda sino interrogar al amigo de Marilyn.

—Así lo pienso yo —concordó el detective.

—¿Un secuestro dirigido por una mujer? —murmuró Cynara pensativamente.

—Una serie de secuestros, rematados en sendos asesinatos.

—Sí, esa es la definición correcta —dijo ella, estremeciéndose—. Pero, ¿por qué, Mike?

—Se lo diré, Cynara. Por trescientos mil dólares en cada caso... y ya

suman millón y medio.

—Los secuestradores deben de ser gente sin conciencia.

—Querida, las gentes que tienen conciencia no se dedican a raptar a las personas, para sacarles el dinero y asesinarlas más tarde.

—Eso es cierto, Mike. ¿Qué hacemos ahora? —preguntó Cynara.

—Solo una cosa: vuelva a su agencia y meta en un sobre con el membrete de la misma un par de cuartillas en blanco. Luego eche el sobre al correo.

—Y ya solo faltará ver quién recoge esa supuesta carta.

—Justamente. ¿Lo hará, Cynara?

La chica sonrió.

—En cuanto termine de comer —prometió.

★ ★ ★

El hombre llegó a la casa, entró en el vestíbulo y se dirigió directamente a los buzones particulares. Abrió el suyo y extrajo unas cuantas cartas, que guardó en el bolsillo del abrigo.

Luego se dirigió al ascensor. Apenas había desaparecido del vestíbulo, Hays y Cynara entraron en la casa.

El apartamento sospechoso estaba en el piso noveno. Por fortuna, el edificio disponía de dos ascensores y el otro se hallaba desocupado en aquellos momentos.

Momentos después, la pareja salía al corredor del piso noveno. Hays extendió una mano cuando ya Cynara se disponía a llamar a la puerta señalada con la letra C.

—Espere unos momentos —dijo—. Quint está ahora revisando el correo. En cuanto vea la carta con el membrete de su agencia, preparará el sobre. Entonces es cuando actuaremos; nos conviene encontrarle con la dirección ya escrita.

Cynara reconoció la sensatez del consejo. Al mismo tiempo, se sintió extrañada de que Hays conociera al individuo.

—¿Son amigos? —preguntó ingenuamente.

Hays sonrió.

—Tuvimos algunos roces en el pasado —contestó.

Hays aguardó todavía un par de minutos más. Luego alargó la mano y oprimió el pulsador del timbre.

A los pocos segundos, se abrió la puerta. El individuo que estaba en el departamento parpadeó al verse ante sus visitantes.

—Hola, Risitas —saludó Hays—. Te presento a la señorita Alsthom. Cynara, este es Néstor Quint, alias el Risitas.

—¿Qué tal, Néstor? —dijo Cynara con desparpajo.

Quint frunció el ceño.

—¿Qué quiere de mí, investigador? —gruñó—. No he hecho nada malo, que yo sepa.

—Nada, excepto recoger una carta destinada a una tal Marilyn Guiltford. ¿Me equivoco, Risitas?

El individuo permaneció unos momentos inmóvil. De pronto, reaccionando, agarró la puerta y la hizo girar con fuerza.

Hays no se movió con menor rapidez. Alargó el pie e impidió que la puerta se cerrara. Luego cargó con el hombro, pero en el acto vio que no era necesario.

Quint corría hacia el interior del piso. Hays se lanzó tras él, alcanzándole de un salto cuando el sujeto agarraba un sobre que había sobre una mesa.

Los dos hombres forcejearon durante unos minutos. De repente, Hays encontró la ocasión propicia y conectó un potente derechazo a la mandíbula de su oponente, que acabó con la pelea en el acto.

—¡El sobre, Mike! —exclamó Cynara triunfalmente, levantándolo con la mano derecha.

Hays se ajustó el nudo de la corbata.

—Lea la dirección, por favor —rogó.

—Calle Vries, 99, 3-E. Mike.

—Compruebe si el sobre que envió usted está dentro del que ha preparado el Risitas.

Cynara abrió el sobre dispuesto por Quint y sacó el que ella había preparado en la agencia.

—No hay duda —dijo—. Salió como usted había calculado.

—¿Cuál es el nombre que hay escrito en el sobre, Cynara?

—Selle Potter. Otra mujer, Mike.

—Esto se complica —masculló él.

De pronto, Quint dio señales de volver a la vida. Hays se inclinó y lo ayudó a sentarse en un sillón.

—Esto es allanamiento de morada —se quejó el rufián.

—Bueno, si quieres puedes denunciarme a la policía. Al capitán Trenton le gustará conocer tu relación con un caso de posible secuestro.

Quint pegó un salto en el sillón.

—¡Secuestro! —bufó—. ¿Se ha vuelto loco, detective?

—No, ni mucho menos, Risitas. Hablo en serio.

—Me parece un poco exagerado...

—Es la verdad —intervino Cynara.

Quint miró a la pareja alternativamente.

—Yo no sé nada —declaró—. Una mujer me dio cien dólares y una

dirección para que le enviase cualquier carta que recibiese a unas señas determinadas. No la había visto en la vida ni he vuelto a verla después, se lo aseguro. El trabajo no era matador y cien dólares son cien dólares, ¡qué diablos!

—¿Dónde encontraste a esa mujer, Risitas?

—En una taberna de la calle Diecisiete, El As de Espadas. Intenté abordarla; era muy guapa.

—¿Rubia, alta y delgada?

—Sí. Vestía de un modo corriente, pero se veía que era de clase.

—Es usted muy observador, Risitas —comentó Cynara.

—Lo da el oficio —dijo Hays con sorna—. Risitas se dedica al chantaje, pero no es de los que insisten si la presunta víctima se niega a pagar.

—Es tontería —rezongó Quint—. Cuando el «pájaro» no quiere pagar resulta tonto insistir. Se busca otro y andando.

—Sana filosofía —sonrió Hays—. ¿No te dijo nada más esa mujer?

—Le juro que no.

—Creo que ya tenemos bastante, Cynara —dijo el detective. Sacó unos billetes y se los arrojó al ocupante del departamento—. Risitas, cierra el pico y te irá bien, ¿estamos?

—Tratándose de secuestros, no quiero líos —contestó Quint—. Por mí, Marilyn Guilford puede irse al diablo.

Hays y Cynara abandonaron el piso.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó ella, mientras descendían hacia el vestíbulo.

—Una cosa muy simple: ir al número 99 de la calle Vries y averiguar quién es Belle Potter, ocupante del departamento 7-E —contestó Hays.

★ ★ ★

—Lo siento, señores, pero el departamento 7-E está todavía desocupado —manifestó el conserje del edificio.

—¿Cómo? —se sorprendió Hays.

—El administrador de la casa me ha hablado al respecto. Los contratos se celebraron por escrito, tras una primera conferencia por teléfono. La señora Potter recibió su contrato y las llaves por correo.

—¿Cuál es su actual dirección? —preguntó Cynara.

El conserje se encogió de hombros.

—Lo ignoro —respondió—. Esto que les digo no es más que un ligero comentario que hizo el administrador conmigo. En todo caso, deberán preguntárselo a él, pero una cosa es segura: la señora Potter no

ha ocupado todavía el departamento alquilado.

Cynara se descorazonó.

—Así no llegaremos a ninguna parte —dijo.

—Es preciso ser pacientes —recomendó Hays—. Amigo —pidió, sacando al mismo tiempo un par de billetes—, denos la dirección del administrador de la casa.

—Con mucho gusto, señor —accedió el conserje.

★ ★ ★

La respuesta del administrador no fue más alentadora.

—Expresé a la señora Potter las condiciones del alquiler y ella las aceptó. Me envió el importe por correo y yo le prometí el original y la copia del contrato también por correo. Ella me devolvió la copia firmada y eso es todo.

—Pero usted le enviaría las cartas a alguna dirección.

—A un apartado de correos, el número 8.275, señor Hays.

—Estamos golpeando en vano contra un muro hábilmente levantado para ocultarse al otro lado —dijo Hays—. Bien, al menos, tenemos el recurso de seguir la pista del cheque.

—¿Qué cheque? —preguntó el administrador.

—El que le envió la señora Potter para pagar el alquiler del departamento.

—Lo siento, señor Hays. La señora Potter me envió el importe de ese alquiler en billetes de Banco, dentro de un sobre, cosa que, como usted no ignora, está permitido por la ley.

CAPÍTULO VII

Hays durmió mal aquella noche.

El problema se complicaba cada vez más. Si Marilyn-Belle estaba complicada en el caso de los secuestros, no cabía la menor duda de que sabía borrar muy bien sus rastros.

A Hays no le cabía la menor duda de que Marilyn Guiltford y Belle Potter eran la misma persona. Pero al mismo tiempo tenía la seguridad de que ambos nombres eran falsos.

El insomnio le hizo dormirse tarde. Por tanto, era ya bien entrada la mañana cuando le despertó el teléfono.

Era Cynara y parecía muy nerviosa.

—¡Tengo una noticia interesante! —exclamó la chica.

—¿Si? Cuento, pronto —pidió el detective.

—Se trata de Marilyn Guiltford. Llamó esta mañana por teléfono a la agencia y pidió que le comunicasen todos los informes recogidos hasta el momento. Mi jefe accedió a su petición y ella le dijo que daba por cancelado el encargo. Como había pagado por adelantado, mi jefe no encontró ninguna objeción que hacerle.

—De modo que el encargo ha sido cancelado —dijo Hays pensativamente—. ¿Sabe qué idea se me ha ocurrido, Cynara?

—La misma que se me ha ocurrido a mí, Mike.

—Kelps va a ser secuestrado.

—Exacto.

—Pero no ha recibido ningún anónimo amenazador.

—Acaso se lo calló. O quizá es que no juzgan oportuno anticiparle sus intenciones.

—Es lo más probable, Cynara. A fin de cuentas, una vez secuestrado, le dirán que debe pagar trescientos mil dólares. Y cuando tengan el dinero en su poder, lo asesinarán.

Cynara se estremeció.

—¡Hemos de evitarlo, Mike! —exclamó.

—Lo intentaremos. Cynara.

—¿Qué medio le parece a usted mejor para conseguirlo?

—Solo hay uno: vigilar constantemente a Kelps. Cynara, ¿tiene usted transmisor de radio?

—No, Mike.

—Bien, yo le conseguiré uno. Nos veremos a mediodía en el París. Está frente a la casa de Kelps.

—De acuerdo, Mike.

★ ★ ★

El cenicero estaba lleno de colillas. Hays y Cynara se habían turnado en la vigilancia de la presunta víctima durante todo el día.

Kelps había salido una vez al Club de Campo para jugar al *golf*. La pareja le había seguido discretamente todo el tiempo sin encontrar ningún indicio de secuestro.

A pesar de todo, no desistían de la vigilancia. Eran ya las siete de la tarde y ambos sabían que Kelps iba a ir aquella noche al teatro.

A las siete y cuarto, Kelps salió de su casa. Cynara acercó el bolso a sus labios y dijo:

—Mike, el objetivo acaba de salir de casa. Está subiendo a su noche... Ahora arranca en dirección Sur...

—Bien —contestó Hays a través de la radio—. Yo le sigo. Reúnase conmigo en las inmediaciones del teatro. No corte el contacto, Cynara.

—Entendido, Mike.

Kelps entró en el teatro. Cynara y Hays se reunieron poco después en la esquina del edificio frontero.

—Esperaremos a que acabe la función. Yo iré delante y usted le seguirá. Infórmeme por radio, Cynara.

—De acuerdo.

La función terminó a las once y media. Hays había estacionado su coche delante del de Kelps. Cuando vio que este se sentaba tras el volante, dio contacto y arrancó suavemente.

Kelps se puso en marcha a continuación. Cynara le seguía a pocos metros de distancia.

—Parece que se dirige a su casa —observó la muchacha al cabo de unos minutos.

—Muy bien. Voy hacia allí.

Poco después, Kelps detenía su coche frente a un bar.

—Mike, párese —indicó Cynara—. Kelps se ha detenido. Ahora se apea del coche. Está entrando en La Estrella Azul.

—Enterado, Cynara.

★ ★ ★

La rubia era guapísima, de una belleza angelical. Miró a Kelps y le dirigió una púdica sonrisa. Kelps se arregló la corbata con aire conquistador y se acercó a la rubia.

—Me llamo Ezra Kelps, pero todo el mundo me conoce por Jimmy —se presentó.

—Mi nombre es Janice Ernest —contestó ella.

—Es un placer, Janice. ¿Una copa?

—¿Aquí?

Kelps carraspeó.

—¿Qué hay de malo en tomar la copa aquí? —preguntó.

—La gente...

—Ah —sonrió Kelps—. No le gustan los testigos, ¿verdad, Janice?

—La gente es horrible. Siempre estorba, Jimmy.

—Sí, eso mismo digo yo. Janice, arriba hay un cuarto donde no nos molestará nadie. ¿Qué te parece?

—Encantada, Jimmy.

Kelps sonrió ufano. Janice era una mujer maravillosa.

★ ★ ★

El camarero bajó del piso superior con la bandeja vacía. Hays le cerró el paso.

—¿Cuál es el número del reservado? —preguntó, a la vez que enseñaba doblado un billete de diez dólares, sujeto con los dedos índice y medio.

El billete desapareció instantáneamente.

—Número seis, señor —contestó el camarero.

—Vamos, Cynara —dijo Hays.

A mitad de la escalera, Cynara se sintió súbitamente aprensiva.

—Mike —dijo.

—¿Sí, querida?

—¿Y sí... y si solo se trata de un devaneo inofensivo?

—En tal caso, nos disculpamos y ya está. Pero, ¿sabes? me acuerdo de otros secuestros en que las víctimas subieron siempre a un reservado en compañía de una hermosa mujer. Fue la última vez que se les vio con vida.

—¿Y ellas?

—Tampoco fueron vistas, pero, en todos los casos, había un callejón posterior. Como en este bar, Cynara.

Ella asintió.

—Sí, tienes razón —admitió—. Probar no cuesta nada. Vamos arriba, Mike.

Terminaron de subir la escalera y alcanzaron el pasillo de los reservados. Momentos después, se detenían ante la puerta número seis.

Hays hizo girar el pomo lentamente. Abrió una rendija y miró a través de la misma.

La escena que presenció le hizo lanzar una exclamación de

asombro.

—¡Alto! —exclamó, a la vez que irrumpía en la estancia.

La rubia se disponía a situar a su víctima al pie de la ventana abierta. La estancia estaba a oscuras, pero la luz del corredor permitía una fácil visión del ambiente.

Janice se volvió, terriblemente sobresaltada. Hays se precipitó hacia ella.

—Por fortuna, hemos llegado a tiempo —exclamó.

De repente, Janice sufrió una horrible transformación. Su bellissimo rostro se convirtió en el de una furia y, a la vez que profería un espantoso chillido, se arrojó contra Hays.

El detective, sorprendido por aquella inesperada reacción, vaciló un instante. Janice le propinó un terrible empujón con las manos y lo derribó de espaldas. Los hombros de Hays golpearon a Cynara y la chica cayó también.

Abajo, en el callejón, sonó un agudo grito:

—¡Janice!

Hays se esforzó por ponerse en pie. Janice corría ya hacia la ventana.

Un motor rugió en el callejón. Janice se sentó en el alféizar, justamente en el momento en que Hays se ponía en pie, y luego, sin vacilar, se lanzó al vacío.

En aquel momento, arrancaba la furgoneta. Janice cayó sobre el empedrado del callejón. Un terrible grito de dolor brotó de sus labios y rodó por el suelo, con ambas piernas fracturadas.

La furgoneta se detuvo en seco a la salida del callejón y su conductora se apeó de un salto. Janice gemía angustiosamente, sin poder incorporarse.

Hays se asomó a la ventana y divisó una cabellera casi blanca, y una silueta de mujer vestida con ropajes oscuros: chaqueta y pantalones. Algo brilló en la mano de la mujer.

Sonaron dos disparos. Los gritos de Janice cesaron en el acto. Inmediatamente, la mujer levantó la mano.

Hays presintió lo que iba a suceder y se retiró más que aprisa de la ventana. Apenas lo había hecho: dos balas se estrellaron contra el marco.

El detective maldijo entre dientes. Sacó su pistola y volvió a asomarse con precauciones, pero ya era tarde; la furgoneta había desaparecido de su vista.

En el callejón, la sangre se derramaba bajo la rubia cabellera de Janice. Salía por los dos orificios que las balas habían abierto en su cráneo.

—Las conclusiones son obvias —dijo Hays—. El secuestro fracasó. A Marilyn Guiltford no le interesaba dejar tras sí rastros comprometedores. Ciertamente que ejecutó una falsa maniobra con la furgoneta, pero ello no desvirtuaba los hechos. Creyó que Janice Ernest iba a saltar o que estaba saltando ya o se puso nerviosa... el caso es que el espacio situado bajo la ventana quedó vacío y Janice se rompió las piernas en la caída. Entonces, Marilyn se apeó y le metió dos tiros en la cabeza para impedir que hablase. No podía recogerla; representaba demasiada pérdida de tiempo. Le resultó más rápido y, sobre todo, más conveniente, acabar con ella de dos balazos.

—Debiste haberme avisado —gruñó el capitán Trenton, mientras los camilleros de la ambulancia se llevaban el cadáver de la rubia.

—Lo siento, capitán —se excusó Hays—. Fue un albur y acertamos, pero incluso en el último momento no estábamos seguros de que fuese a consumarse el secuestro. No creo que tú tampoco hubieras podido evitar los acontecimientos tal como se produjeron.

Trenton asintió con un gruñido.

—¿Viste algún detalle del vehículo?

—Era una furgoneta con la plataforma descubierta, pero tenía las luces apagadas —contestó Hays—. Yo supongo que debía de haber algún amortiguador en la plataforma. Cuando entramos, Janice se disponía a lanzar a Kelps a través de la ventana.

—Luego, me imagino yo —terció Cynara—, que el cuerpo de Kelps habría sido ocultado bajo una lona para no llamar la atención.

—Es lo más seguro —convino el policía—. Bien, en medio de todo, no está mal que se haya evitado un secuestro. Pero me extraña que Kelps no recibiese ningún anónimo.

—Cuando se despierte, interrógalo. Ahora bien, para sacarle trescientos mil dólares a una persona, no es necesario amenazarlo previamente. Lo hicieron en los casos anteriores, pero no olvides que los posibles afectados estarán alerta y cabe la posibilidad de que os avisen a vosotros. Ello mermaría considerablemente las posibilidades de conseguir el éxito en el secuestro.

—Sí, es verdad...

Un hombre con un maletín se acercó al grupo en aquel instante.

Era el forense.

—Capitán, el señor Kelps está simplemente narcotizado —informó—. Despertará pronto, sin ningún inconveniente.

—Gracias, doctor.

Trenton se volvió hacia la pareja.

—Pueden irse cuando gusten —indicó—. Gracias de todos modos, Mike.

—Lo siento de veras, capitán —contestó Hays—. Créeme que todo sucedió muy rápido, demasiado rápido. Probablemente, yo hubiera saltado al callejón, pero me sentí un poco aprensivo al ver que la chica se había roto las piernas. La otra mujer, la que guiaba el vehículo, se apeó y en un principio me pareció que iba a socorrer a Janice, pero de repente sacó un revólver y...

—Comprendo —suspiró el oficial de policía—. Ahora será cosa de averiguar quién era esa tal Janice Ernest.

—Te llamaré más tarde —prometió Hays.

Cynara estrechó la mano del policía. Los dos jóvenes abandonaron el callejón.

—Mike, ¿quiere que le dé una opinión? —dijo ella al cabo de unos minutos.

—¿Por qué no, Cynara?

—¿Recuerda usted lo que sucedió apenas abrió la puerta del reservado?

—Desde luego. Janice se me arrojó encima...

—Convertida en una furia, literalmente enloquecida por la rabia. Recuerde que los dos caímos al suelo.

—Sí, es cierto —convino Hays pensativamente—. Su modo de proceder resultaba, en cierto modo, lógico... pero, vamos, no tan exagerado. Tenía un aspecto encantador y se transformó de repente en una arpía.

—Sí, Mike, pero ello no fue debido solamente a la furia que sentía por el inesperado trastorno que sufrían sus planes. Para mí, Janice estaba drogada.

Hays frunció el ceño.

—Es posible —admitió al cabo—. Su actitud, dentro de la lógica, resultaba ilógica.

—Parecía una chica muy dulce y sensitiva y, probablemente, lo era; pero, si una droga, desconocida para nosotros, actuaba sobre su voluntad, todo su encanto se perdió en aquel repentino ataque de demencia, originado por la contrariedad que le producían nuestra aparición.

Hays meneó la cabeza.

—Este caso es demasiado complicado y yo no me sentiré tranquilo hasta que haya llegado al fondo de la verdad —dijo.

—Sí, pero, ¿dónde está la verdad, Mike? —suspiró Cynara.

—Hay un sitio donde quizá podamos encontrar parte de la misma —contestó él.

- ¿Dónde, Mike?
- En el departamento 7-E del número 99 de la calle Vries.
- ¿En casa de la señora Potter?
- Sí, justamente, en casa de Belle Potter —confirmó el detective.

CAPÍTULO VIII

Hays y Cynara se reunieron al día siguiente, hacia las tres de la tarde. Ambos se habían retirado a descansar cerca de la madrugada y convenido en reunirse a la hora indicada, lo que hicieron con toda puntualidad.

Poco después, se hallaban en el número 99 de la calle Vries.

—¿Crees que Belle Potter estará en su casa? —dudó Cynara.

—No. Estoy seguro de que ocurre igual que en el caso de el Risitas, pero no tenemos más remedio que investigar paso a paso —contestó él.

Esperaron en la puerta unos minutos, hasta que Hays vio una momentánea distracción del conserje. Entonces cruzaron rápidamente el vestíbulo y se metieron en el ascensor.

Momentos después, se detenían ante el departamento E del séptimo piso. Hays vaciló un instante.

—¿Llamamos, Cynara? —consultó.

—Llame primero —respondió ella—. Si no contesta nadie, tiempo tendremos de abrimos paso nosotros mismos.

—O. K. —sonrió Hays; y presionó el timbre de llamada.

La puerta se abrió segundos después. Un rostro conocido apareció ante los ojos de la pareja.

—¡Mark Miller! —exclamó Cynara.

—¡El Triste! —dijo Hays.

Miller no estaba menos sorprendido. Pero reaccionó con rapidez y trató de sacar una pistola.

Hays levantó el pie derecho y lo incrustó en el bajo vientre del rufián, tirándolo patas arriba. Miller cayó lanzando un aullido de dolor.

—¡Adentro, Cynara!

La chica cruzó la puerta y cerró a continuación. Hays se inclinó sobre el caído y le quitó la pistola, pero antes de que pudiera incorporarse, Miller le asestó un tremendo golpe en la mandíbula que lo derribó de espaldas al suelo.

El Triste se levantó de un salto y quiso arrojarle sobre Hays, pero el pie de Cynara se interpuso oportunamente y Miller cayó de bruces. Hays aprovechó la ocasión para, desde el suelo, golpearle en la nuca y dejarlo aturdido unos momentos.

Hays se levantó, tanteándose la mandíbula.

—Pega fuerte el tío —se quejó.

Miller se sentó en el suelo, sacudiendo la cabeza para despejársela.

Cuando lo consiguió, sus ojos brillaron de rabia.

—¿Qué diablos quieren de mí? —preguntó de mal talante.

Hays le indicó un sillón.

—Acomódate allí —dijo—. Tenemos que hablar.

—No tenemos nada de hablar —gruñó el Triste.

—¿De veras? —Hays entregó la pistola a Cynara—. Si se mueve, métele una bala en la barriga.

—Lo haría con infinito placer —contestó ella rabiosamente—. No puedo olvidar a mí pobre hermana...

Miller palideció ligeramente, pero no dio muestras de deponer su actitud. Hays, por otra parte, no quiso perder tiempo.

Ya había usado el procedimiento una vez y le había dado resultados. Con Miller resultaría igual.

Minutos más tarde, el Triste tenía los brazos atados a los largo del cuerpo y los tobillos ligados con un trozo de sábana. El rufián empezó a sentir miedo.

—¿Qué van a hacer conmigo? —preguntó.

—Puesto que te niegas a hablar de grado, te obligamos a soltar la lengua por un procedimiento infalible que yo conozco.

—Soy un tipo duro —refunfuñó Miller.

—Lo que más me disgusta de las personas es su falta de modestia —dijo Hays sarcásticamente.

Un minuto más tarde, el Triste pendía cabeza abajo, colgado de un gancho. Su cabeza quedaba a palmo y medio del suelo.

Hays vino con una vela encendida y se acucilló frente al rufián.

—¿La pongo debajo de tu cabeza? —consultó.

Miller estaba aterrado.

—¡Diablos! ¿No irá a tostarme el cráneo, verdad?

—Estás muy equivocado, Triste —respondió Hays—. Tú no conoces bien los efectos que puede causar la simple llama de una vela. Sé de un tipo que enloqueció a los cinco minutos...

—¡No, basta! —chilló Miller, lívido de espanto—. Hablaré, lo diré todo... pero, bájeme de aquí...

—Primero tienes que hablar —decretó Hays inflexiblemente—. Antes de que te suelte tienes que decirme quién es Belle Potter y dónde vive.

—No lo sé, no la he visto más que una vez —contestó el rufián, casi llorando—. Ella me dijo que viniese a vivir aquí; me pagó doscientos dólares y me entregó las llaves del piso.

—¿Nada más, Triste?

—Yo tenía que recoger su correspondencia y guardarla hasta que ella me indicase dónde debía enviársela.

—¿Te lo ha dicho alguna vez?

—Todavía no...

Hays acercó la vela a la cabeza del prisionero.

—¡Le juro que es la verdad! —aulló el Triste.

Hays retiró la vela. Cynara intervino para formular una pregunta:

—¿Qué aspecto tiene la señora Potter?

—Muy elegante, alta, delgada, de pelo casi blanco.

—¿Vieja?

—No. Tendrá unos treinta años.

—Es la misma —dijo Hays, cambiando una mirada con Cynara.

—Marilyn Guiltford.

—No cabe la menor duda. Trata de borrar todas las pistas. El Risitas tenía que enviar aquí las cartas destinadas a Marilyn Guiltford, dentro de un sobre dirigido a Belle Potter. Pero no se ha puesto todavía en contacto con el Triste.

—Eso no significa que hayamos perdido el tiempo —alegó Cynara—. Podríamos esperar, Mike.

—Sí, pero ¿cuánto? Después de lo que ocurrió la noche pasada, Belle Potter debe de sentirse amenazada y actuará con más cuidado que nunca.

—Me parece que tiene usted razón, Mike —concordó ella.

—Pero, bueno, ¿cuándo me van a soltar? —protestó Miller—. Ya he dicho cuanto tenía que decir.

En aquel momento se abrió la puerta y alguien llamó desde la entrada:

—¡Mark! ¿Estás ahí?

Hays agarró a la muchacha por un brazo y tiró de ella, situándose ambos junto a la puerta. Sonaron pasos recios y un hombre apareció repentinamente en el campo visual de la pareja.

—¡Cuidado, Harry! —chilló el prisionero.

El recién llegado se volvió. Hays le encañonó con la pistola.

—Me parece que ya nos hemos visto antes, Harry Laramie —dijo sonriendo.

★ ★ ★

Un minuto más tarde, Harry Laramie estaba sentado en un sillón, inmovilizado bajo la amenaza de la pistola que sostenía el detective.

—Yo no conozco a esa tal Belle Potter —refunfuñó—. Miller y yo somos amigos y vine a hacerle una visita, eso es todo.

—¿Qué dice el Triste? —preguntó Hays, dirigiéndose al rufián, quien todavía permanecía en tan incómoda posición.

—Es cierto —corroboró Miller—. Harry y yo tenemos negocios en común.

—¿Qué clase de negocios?

Miller apretó los labios. Cynara soltó una sarcástica carcajada.

—¿Acaso no es capaz de imaginárselos, Mike? —preguntó.

—Nada honrado, desde luego. Bien, Cynara, creo que debemos irnos.

—Sí, Mike.

Laramie estaba desarmado y no era de prever ninguna reacción hostil por su parte. La pareja se dirigió hacia la salida y los dos rufianes quedaron a solas.

Laramie se puso en pie apenas oyó el ruido de la puerta al cerrarse. Lo primero que hizo fue soltar a su compinche.

Miller estaba furiosísimo.

—En cuanto me lo eche a la cara, le romperé el espinazo —prometió, refiriéndose al detective.

—Será mejor que lo dejes en paz —aconsejó Laramie—. Es decir, si quieres que sigamos adelante con el asunto.

El Triste le miró fijamente.

—Es cierto —contestó—. Harry, puede ser un buen asunto.

—Pero a ella no la has vuelto a ver —alegó Laramie.

—Bien, dijo que ya se pondría en contacto conmigo, Harry, eso significa una cita.

—Sí, Mark.

—Yo acudiré a la cita. Naturalmente, tú estarás informado de la hora y el lugar y te apostarás en un punto donde ella no pueda verte, aparte de que no te conoce. Cuando nos separemos, la seguirás. Esa mujer tiene «pasta» en abundancia. Tenemos que exprimirla, Harry.

—¿Chantaje, Mark?

—Depende de lo que averigüemos.

—Para mí, el chantaje es lo mejor —afirmó Laramie Miller hizo una mueca.

—Pudiera ser, pero debemos esperar, Harry. Antes de hacer nada, debemos saber quién es Belle Potter y cuáles son sus proyectos. Esa mujer se trae algo gordo entre manos y a mí me gustaría meter las mías en su saco cuando lo tenga bien repleto.

—Eso está bien pensando —sonrió Harry.

Y en aquel momento, se oyó una voz femenina:

—¿Caballeros?

Los dos rufianes, atónitos, se volvieron al mismo tiempo. Miller sintió que los ojos se le dilataban por el asombro.

—¡Señora Potter! —exclamó—. ¿Por dónde ha entrado usted?

—Por la puerta, naturalmente —contestó ella sosegadamente—. No estaba cerrada con llave.

Miller carraspeó.

—Señora Potter, le presento a un buen amigo, Harry Laramie. Harry, la señora Potter.

—¿Cómo está? —saludó Laramie.

Ella le contestó con una ligera inclinación de cabeza.

—Ha tenido usted una visita, señor Miller —dijo.

—¿Una... visita?

—Sí. Un hombre y una mujer. Vinieron a verle hace mucho rato. He esperado a que se marchasen para entrar en el piso.

Miller soltó una risita.

—Ah, no tiene nada de importancia, señora Potter —respondió—. Eran dos buenos amigos míos...

—Tan amigos como el señor Laramie, imagino —dijo ella, impasible.

—Bueno... —Miller soltó una risita de circunstancias—. Es otra clase de amistad, señora.

—Sí, indudablemente. La amistad de usted con el señor Laramie es de tal clase que les ha llevado a ambos a idear un piar para someterme a chantaje.

El Triste se sobresaltó.

—¡Señora! —exclamó.

—Lo he oído todo —dijo ella fríamente—. Es una lástima, me equivoqué con usted, Miller. Todos, sin embargo, estamos expuestos a errores. Lo que se necesita después es saber corregirlos.

—No entiendo, señora... —alegó Miller, desconcertado.

—Tampoco importa que lo entienda —contestó la mujer sin alterar el tono de su voz—. Ahora mismo voy a corregir ese error.

Retrocedió un paso y abrió su bolso. Un revólver con silenciador apareció de repente en su mano.

Miller lanzó un chillido de pánico.

—¡No...!

El primer proyectil cortó en seco su grito. El segundo, alcanzándole bajo la nariz, le hizo dar una voltereta antes de derrumbarse de bruces sobre un sillón, que se volcó bajo su peso.

Laramie estaba como alelado; La imprevista acción de la mujer le había dejado con los pies clavados en el suelo.

Ella se volvió hacia el individuo.

—Lo siento por usted —dijo—. Ha visto demasiado.

Y le metió dos balas en el estómago, antes de que pudiera escapar.

Laramie cayó de rodillas, agarrándose el vientre con las manos, la

cara deformada por el dolor que quemaba las entrañas. Ella se le acercó y, fríamente, a un paso de distancia, le saltó la tapa de los sesos con un último balazo.

Los disparos apenas habían hecho ruido. Por supuesto, no se habían escuchado en el exterior.

El bolso de la mujer era relativamente grande. Debra Welsey guardó el revólver.

Con las dos manos, tiró del vestido. Un segundo traje quedó a la vista. El primero era de color rojo; este era de color azul oscuro.

La tela era muy fina y el vestido cabía sin dificultad dentro del bolso. Debra sacó una peluca negra y se la colocó sobre su pajiza cabellera. Su aspecto cambió radicalmente.

Luego, con toda tranquilidad, sin mostrar la menor alteración, se dirigió a la salida y abandonó el piso.

CAPÍTULO IX

Hays y Cynara estaban consternados. El capitán Trenton acababa de darles la noticia.

—Miller tenía dos balazos, uno en el pecho y otro en la mandíbula superior —declaró el policía—. A Laramie le dieron dos tiros en el estómago. Luego lo remataron con un tercero en pleno cráneo.

Cynara se estremeció.

—¿A qué hora ocurrió, capitán?

—El forense calcula que entre cuatro y seis de la tarde, señorita Alsthom.

—Nosotros estuvimos alrededor de las tres. A las cuatro, más o menos, abandonamos el piso —manifestó Hays.

—¿Estaban vivos? —preguntó Trenton.

—Sí, rotundamente sí —afirmó Hays con notorio énfasis—. Nosotros lo único que queríamos era averiguar quién era Belle Potter y dónde podríamos encontrarla.

—¿Lo siguieron?

—No. Habíamos quedado de acuerdo en que era preciso esperar a que la señora Potter se pusiera en contacto con Miller. Cynara y yo decidimos establecer una vigilancia continua sobre la casa.

—Yo me quedé hasta la noche, pero no vi a ningún sospechoso —declaró la chica.

—El conserje ha manifestado que no vio entrar a la señora Potter —dijo Trenton.

—Haría lo mismo que nosotros —sonrió Hays amargamente—. Seguro que esperó un descuido del conserje para colarse sin ser vista.

—Pero en cambio, el conserje vio salir a una desconocida a eso de las cuatro y media de la tarde —expresó Trenton sorprendentemente.

—¿Es cierto eso, capitán? —preguntó Cynara con avidez.

—Sí. Era una mujer joven, de aspecto corriente, desde luego alta y nada gruesa; pelo negro y un traje azul más bien barato. El conserje dice que no la había visto jamás.

—Belle Potter se disfrazó, indudablemente —aseguró Cynara.

—Eso creo yo —concordó Trenton—. La mujer sospechosa llevaba un bolso de buen tamaño.

—En el cual pueden caber un vestido y una peluca —terció Hays.

—Pero, ¿por qué se disfrazó «después» y no «antes»? —exclamó Cynara, sumamente intrigada.

—La respuesta es fácil —dijo Trenton—. Ella entró en la casa sin ser vista, con su aspecto normal. Pero no estaba segura de salir sin ser notada y por dicha razón prefirió cambiar su apariencia.

Hays suspiró.

—Lo cual significa que, con la muerte de Miller, se evapora la última pista que nos quedaba —dijo.

—Hasta cierto punto, Mike.

El detective miró a Trenton.

—¿Qué quieres decir, capitán?

—Hemos averiguado los antecedentes de Janice Ernest. Era modelo en Nueva York y vino aquí atraída por un anuncio que se publicó en el *Herald*. Este es el anuncio.

Trenton colocó sobre la mesa un recorte de periódico. Hays lo tomó y leyó en voz alta:

—«Muchacha buen tipo, elegante, distinguida, se necesita para importante casa modas en Harrington. Teléfono WE-4470».

—¿Eso es todo? —preguntó Cynara, extrañada.

—Janice llegó a la ciudad y se alojó en el Gaines Hotel. Se sabe que hizo una llamada a ese teléfono y que al día siguiente abonó la cuenta y se mudó, pero no dijo cuál sería su nuevo domicilio.

—Bueno, capitán, tú tienes un número de teléfono. Por tanto, no te será difícil averiguar el domicilio.

—Lo he averiguado ya, pero no hemos encontrado nada. El teléfono corresponde a un departamento en el número 610 de la calle Livermore. Ese departamento fue alquilado durante una temporada por Marilyn Guiltford. Luego se mudó también, pero el administrador del edificio desconoce la nueva dirección de la señora Guiltford.

—Esto es absurdo —dijo Hays irritadamente—. Yo no acabo de entender cuáles son los propósitos de esa mujer...

—Está bien claro, Mike —habló Trenton reposadamente—. Es indudable que la Guiltford planeó los secuestros con mucha antelación. Naturalmente, necesita cebos para atraer a sus víctimas. ¿Qué mejor cebo que una chica tan guapa como Janice Ernest?

—Eso sí es verdad. Pero ella tiene que estar aún en la ciudad; no puede haberse marchado tan pronto. Los asesinatos de Miller y de Laramie así lo demuestran.

—Harrington es muy grande, Mike.

—¿Tan grande para que pase desapercibida una mujer de las características de Marilyn Guiltford? —exclamó Cynara.

Trenton se encogió de hombros.

—De momento, es todo lo que sabemos —contestó.

—A mí se me ocurre una idea —dijo Hays de pronto.

Cynara y el policía le contemplaron con atención.

—La idea es: se han cometido cinco secuestros, más uno frustrado. ¿Fue Janice el cebo en las cinco ocasiones? ¿No parece muy arriesgado emplear siempre a la misma chica para atraer a las víctimas?

—¿Tratas de sugerir que la Guiltford tiene a otras chicas consigo?

—Exactamente, capitán.

—Pero las tendrá encerradas —apuntó Cynara.

—¿Por qué? —quiso saber Hays.

—Muy sencillo, para evitar tropiezos. Recuerda que Janice estaba drogada...

—O nos lo pareció, Cynara.

—Estaba drogada —confirmó Trenton—. Lo ha demostrado la autopsia. Fuertemente drogada, además; de tal modo, que el forense supone que tenía la voluntad anulada.

—Es decir, que Janice era un dócil instrumento en manos de Marilyn Guiltford.

—En efecto, señorita Alsthom.

Cynara se estremeció.

—Pero... ¡esa mujer no tiene conciencia! ¿Es posible que existan seres tan inhumanos, capitán?

—Una mujer que ha planeado seis secuestros, de los cuales solo ha evitado uno; que ha matado a cinco de los secuestrados, más Janice, más Miller y Laramie... ¿qué se puede pensar de ella?

—Yo pienso una cosa, capitán —dijo Hays.

—Exprésala, Mike.

—Es una psicópata. Esa mujer no puede estar bien de la cabeza. Siente avidez por la sangre de sus semejantes.

—Y por el dinero, no lo olvides. Hasta ahora, ha conseguido un botín de millón y medio.

Hays se tiró furiosamente del labio inferior.

—Pero, ¿es que no vamos a poder echarle el guante? —masculló.

—Tal vez haya una solución —dijo Cynara.

—¿Cuál? —preguntó Hays.

—Buscar el medio de ocupar el puesto de Janice Ernest.

★ ★ ★

—¿No va a sustituir a Janice, señora Welsey?

Antes de contestar, Debra se colocó un cigarrillo entre los labios y lo encendió con toda parsimonia. Expulsó un par de bocanadas de humo y, al fin, contemplada exactamente por las cuatro chicas, dijo:

—¿Tenéis prisa en que la sustituya? ¿La tienes tú, Lola?

Lola era la autora de la pregunta y se encogió de hombros.

—Curiosidad nada más, señora Welsey —contestó.

—No creo que haga falta la sustitución —alegó Martha Dranston, una espléndida morena de cuerpo opulento y ojos soñadores—. Ciertamente, es una lástima que se hayan producido dos bajas, pero no por ello debemos admitir a dos nuevas en la sociedad.

—¿Por qué? —quiso saber Lena Thompson.

—Espera un momento —dijo Martha—. Señora Welsey, ¿a cuánto asciende el fondo total?

—Millón y medio —contestó Debra sin vacilar.

—Está claro. Trescientos mil para cada una. Más chicas significaría menos dinero, así de sencillo.

—Yo me aburro —declaró Sally Teel, la mulata.

—Falta la emoción de los sorteos —dijo Lola.

—¿No hay otra víctima a la vista, señora Welsey?

Debra meneó la cabeza.

—Por ahora, no. Teníamos un hombre en la lista, pero ya sabéis lo que pasó —repuso.

—¡Pobre Janice! Me gustaría atrapar al hombre que la mató y atormentarle lentamente —dijo Martha.

Debra inhaló una bocanada de humo de su cigarrillo y la expulsó con deliberada lentitud.

—El callejón estaba muy oscuro —manifestó—. Ni siquiera pude verle la cara.

Lena se mordió los labios.

—Señora —dijo, vacilante.

—¿Qué quieres, Lena?

—Sí... si no vamos a traer aquí a más hombres... ¿por qué no disolver la sociedad?

Debra enarcó las cejas.

—¿Quieres decir que hay que ir al reparto del botín y que cada una se marche por su lado?

Lena hizo un silencioso gesto afirmativo. Sally la apoyó.

—Aquí nos aburrirnos. Estamos enclaustradas. No salimos del jardín siquiera —dijo—. A fin de cuentas, si una tiene dinero es para gastarlo. Y trescientos mil dólares dan mucho de sí para diversiones.

—Trescientos mil —repitió Debra pensativamente—. ¿Has dicho trescientos mil, Lena?

—Sí, señora. Es lo que nos toca a cada una.

—Te equivocas, Lena.

Hubo un momento de silencio. Las cuatro chicas miraban fijamente a Debra.

Debra aplastó el cigarrillo contra un cenicero y dijo:

—Os corresponden ciento cincuenta mil dólares a cada una. El resto es para mí —hizo una corta pausa y agregó—: A fin de cuentas, no solo soy el cerebro director de la organización, sino que debo amortizar los gastos que he hecho.

Las chicas estaban con la boca abierta.

—Solo ciento cincuenta mil —repitió Martha.

—Ni un centavo más —confirmó Debra inflexiblemente.

—Pero...

—Basta, no se hable más del asunto.

—Bueno, ¿y por qué no procede al reparto? —inquirió Lena.

—Es pronto todavía.

—¿Por qué ha de ser pronto? —se quejó Lola—. Si no hemos de raptar a más hombres, seguir aquí es algo completamente inútil.

—¿Y quién ha dicho que no vayamos a secuestrar a más hombres? Yo he dicho que no hay ninguno en perspectiva, por ahora; pero nada más. Es cuestión de buscar al hombre adecuado, eso es todo.

Dicho lo cual, Debra se levantó y, majestuosamente, abandonó la reunión, dejando a las cuatro chicas perplejas y disgustadas.

—¿Qué os parece? —preguntó Lola.

Martha vaciló.

—Solo ciento cincuenta mil dólares —dijo plañideramente.

—Eso es una estafa —exclamó Lena con furioso acento. Era la más vehemente de todas—. Un timo, sí, señor. A cada una de nosotras nos corresponden trescientos mil dólares. Es cierto que ella ha ideado el plan y ha hecho algunos gastos. Bueno, yo le doy diez mil dólares por los gastos, pero nada más.

Lola soltó una sarcástica carcajada.

—¿Cómo le vas a dar los diez mil dólares? ¿De dónde los vas a sacar, Lena?

—Cuando ella me dé mi parte.

—Todavía no te la ha entregado, y si piensas quitársela a viva fuerza, inténtalo. Es muy sencillo abrir la caja fuerte de su dormitorio, ¿verdad?

Lena se mordió los labios. Lola tenía razón.

El dinero estaba en una caja fuerte de gran tamaño instalada en el dormitorio de Debra. Ellas carecían de medios para abrirla.

—Debemos resignarnos a esperar, no hay otro remedio —dijo Martha.

—¿Estás segura? —masculló Lena—. A mí me cansa ya esperar tanto tiempo. Demasiado tiempo, demasiado tiempo...

—Entonces, busca un cartucho de dinamita y haz volar la puerta de

la caja fuerte —exclamó Sally irónicamente.

—No sería mala idea, en medio de todo... si tuviera dinamita. Pero... quizá haya otros medios mejores.

—¿Por ejemplo?

—No sé, algo pensaré. Pero este es un asunto que se tiene que resolver pronto. Fue divertido durante un tiempo; ahora ya se hace pesado y enojoso —declaró Lena rotundamente.

Lena Thompson habría sido más comedida en sus palabras tal vez, de haber podido saber que había micrófonos secretos instalados en la sala. Debra escuchaba cuanto se decía desde su propio dormitorio y una extraña sonrisa apareció en sus labios al escuchar las últimas palabras de la impulsiva muchacha.

—No me convienes, Lena —musitó para sí—. No me convienes en absoluto... y será preciso que dé un escarmiento para ejemplo de las demás.

CAPÍTULO X

A Mike Hays no acababa de agraderle el plan de Cynara, pero la dejó hacer. La muchacha se alojó en el mismo hotel de Janice y declaró ser modelo de profesión y proceder de Nueva York. Un periodista local, amigo de Mike, se brindó a hacerle una entrevista, aderezada con un par de fotografías muy sugestivas, publicadas en el *Herald*, en la página de modas.

Mike torció el gesto al ver a Cynara tan ligerita de ropa. Realmente, era un regalo para la vista, pero Hays tenía sus opiniones acerca del asunto, aunque acabó reconociendo que el plan de Cynara podía dar resultado.

Habían transcurrido ya ocho días desde la muerte de Janice y todavía no habían conseguido adelantar un paso. Hays recorría incansablemente la ciudad en busca de Marilyn Guiltford. Se volvía loco pensando dónde podría esconderse.

Aquella tarde, cansado y bastante fastidiado, entró en un bar a tomar una copa. Era un local muy elegante y exclusivo. Los precios no tenían nada de económicos.

Hays pidió un doble de *whisky* y lo saboreó lentamente. Estaba a mitad cuando, de pronto, notó que alguien se sentaba dos taburetes más allá.

Volvió la cabeza maquinalmente. Una fuerte sacudida recorrió su cuerpo.

—¿Era un golpe de suerte?

Todas las informaciones hablaban de una mujer alta, delgada, sofisticada. Aquella mujer reunía tales condiciones. No se podía negar que era muy bella y, en efecto, parecía contar unos treinta años.

La mujer pidió un «martini». Abrió su bolso y extrajo una pitillera.

Hays abandonó su taburete y se acercó a ella con el encendedor en la mano.

—¿Me permite, señora?

Debra le dirigió una larga mirada. Encendió el cigarrillo, dejó ir el humo y sonrió.

—Muchas gracias.

—Ha sido un placer, señora. ¿O quizá le estoy aplicando un tratamiento inadecuado?

—Los tratamientos, en ocasiones importan poco —sonrió ella.

—Es cierto. A mi puede llamarme Mike a secas, señora. Hays es mi

apellido, señora.

—Welsey, Debra Welsey, señor Hays. Perdón. Prefiere que le llamen Mike, ¿no es así?

—Al menos, prefiero que me lo llame usted. ¿De Harrington?

—Accidentalmente. ¿Y usted?

—Lo mismo, Debra. Vine aquí por cuestión de negocios —a Hays se le acababa de ocurrir una idea—. Concretando, terrenos para montar una ampliación de una de mis industrias.

—En ese caso, debe de ser un hombre importante —dijo Debra.

—Un poco —admitió Hays sonriendo, con falsa modestia—. ¿Mucho tiempo en Harrington, señora?

—Yo también tengo negocios entre manos —contestó Debra—. No puedo predecir el tiempo que permaneceré en la ciudad.

Aplastó el cigarrillo contra el cenicero. Hays se apresuró a dejar unos billetes sobre el mostrador.

—¿Volveré a verla, señora Welsey?

—Quizá, ¿quién sabe?

—Yo me hospedo en el Commodore, señora Welsey —mintió Hays. El administrador del hotel mencionado era amigo suyo. Tendría que ponerse rápidamente de acuerdo con él, para el caso de una eventual llamada por parte de Debra Welsey.

—Lo tendré en cuenta, Mike —contestó Debra con acento benigno—. Ha sido un placer.

Debra se alejó de la barra, pero no en dirección a la salida, sino hacia una de las cabinas telefónicas del local. Hays la vio meterse en una de ellas y esperó pacientemente unos minutos, hasta que Debra terminó de hablar y abandonó la cabina.

Entonces se dispuso a seguirla. Presentía que aquella hermosa mujer, además del nombre que le había dado, usaba los de Marilyn Guiltford y Belle Potter.

★ ★ ★

Sonó el teléfono. Cynara levantó el aparato y lo aplicó a su oreja.

—¿Diga?

—¿Señorita Alsthom?

—Sí, la misma. ¿Quién es?

—Soy la directora de una casa de modas muy importante de la ciudad —oyó Cynara—. He leído las informaciones del *Herald*, y se me ha ocurrido pensar que resultaría interesante que sostuviéramos una entrevista. Mi nombre es Debra Welsey, señorita Alsthom.

—Es un placer saludarla, aunque solo sea por teléfono —declaró la

muchacha—. Por supuesto, estoy a su disposición para esa entrevista, señora Welsey.

—Mi agenda está muy apretada estos días. ¿Podríamos convenir una entrevista para pasado mañana, a las dos de la tarde?

—No hay inconveniente, señora Welsey.

—Volveré a llamarla, señorita Alsthom. Me siento muy satisfecha de haber entrado en contacto con usted. Creo que haremos un trabajo de calidad.

—Así lo espero yo también, señora.

Cynara oyó un «click» que indicaba que la comunicación había sido cortada. Llena de alegría, se dispuso a llamar al detective, pero en aquel momento se dio cuenta de un detalle.

—Pero... si no me ha dicho su dirección...

Por un momento se sintió desconcertada. Luego, reaccionando, llamó a la recepción del hotel.

—Hagan el favor de subirme una guía telefónica de la ciudad.

—Al momento, señorita.

Un minuto después, Cynara estaba repasando las hojas de la guía correspondiente a la W. Su asombro fue grande al no encontrar en ella ninguna Debra Welsey.

—¿Habrás dado un nombre falso? —se preguntó, desconcertada.

Era lo más seguro, razonó. Quien usaba dos nombres, podía usar igualmente tres. Pero a la muchacha no le cupo ya la menor duda de que estaba sobre la buena pista.

★ ★ ★

Mike Hays siguió de lejos el coche en que viajaba Debra. A tres kilómetros de la ciudad, Debra se desvió hacia la izquierda y se metió por un camino secundario.

Hays se dio cuenta de que el camino serpenteaba entre colinas con abundante arbolado. Al cabo de unos minutos de esperar a la entrada del camino, que se dirigía precisamente hacia el Oeste, se decidió a seguirlo para ver de conocer el punto de destino de aquella hermosa mujer.

La carretera ascendía cosa de cien metros a un kilómetro y medio de la autopista. Luego descendía hacia un valle de aspecto muy agradable. Había una casa de campo casi en el centro del valle.

Hays detuvo el coche en un lugar donde no pudiera ser visto y continuó a pie el resto del camino, pero haciéndolo por fuera de la carretera, a fin de no ser observado. Estaba seguro de que Debra no había podido ir a otra parte que a la casa que se veía allá abajo.

A medida que se acercaba, podía captar más detalles del edificio. Era de antigua construcción y estaba rodeado por un frondoso parque, en el que se había incluido el moderno aditamento de una piscina. La tapia, sin embargo, era extrañamente alta.

Hays se dio cuenta de que, situado al pie de la tapia, no podría ver las ventanas del piso alto de la casa. No obstante, tenía la solución para aquel inconveniente.

A quince o veinte metros de la tapia divisó un álamo de frondosa copa y de notable elevación. Hays se quitó la chaqueta, que dejó al pie del árbol, y se dispuso a trepar a la copa, no sin antes extraer de uno de los bolsillos de la prenda un objeto semejante a una pluma de notable grosor.

Momentos después, se hallaba en su observatorio. Sacó aquella pluma y la estiró un poco, convirtiéndola en un pequeño pero potente telescopio, con el que exploró el interior del parque.

Junto a la piscina divisó a tres hermosas muchachas que tomaban el sol apaciblemente. Una de ellas era mulata, pero no cedía en belleza a las otras dos.

En el rincón opuesto del parque divisó un trozo sin árboles, cubierto de abundante césped. El suelo de aquel sector parecía irregular, pero dejó de observarlo enseguida y exploró la casa visualmente.

Pasados algunos minutos, se bajó del árbol, recogió la chaqueta y emprendió una discreta retirada. ¿Había encontrado, por fin, el escondite de Marilyn Guiltford?

★ ★ ★

Debra Welsey llegó a las inmediaciones de la puerta que permitía el acceso al otro lado de la tapia. Una célula fotoeléctrica abrió la puerta automáticamente y, tras cruzar la entrada, Debra paró el motor y se apeó.

Entró en la casa y se dirigió a su dormitorio, situado en el piso superior. Estaba a mitad de camino, cuando oyó una sorda explosión.

Debra se detuvo en seco, alarmada por el ruido. Pero casi enseguida reaccionó y corrió hacia arriba nuevamente, aunque procurando evitar todo sonido delator.

La explosión se había producido en su dormitorio, estaba segura. Se imaginó el origen de la misma.

Abrió la puerta cautelosamente. La estancia se hallaba llena de humo, que no obstante se iba por una de las ventanas, abierta de par en par. En pie, frente a una puerta chamuscada, estaba Lena Thompson.

Debra comprendió inmediatamente lo que había ocurrido. La furia llenó su ánimo.

—Era poca cantidad de pólvora, Lena —dijo.

La chica se volvió rápidamente. Su rostro se puso gris.

—Bien, sí —dijo, inspirando con fuerza—. Era poca pólvora, pero es que yo no soy experta en voladura de caja de caudales. Ahora ya está usted aquí. Dente mi dinero; no quiero seguir encerrada por más tiempo.

Hubo una corta pausa de silencio. Debra sonrió extrañamente.

—Quieres irte de aquí —dijo.

—Sí. Ya he pasado demasiados meses encerrada en esta casa. Fue divertido, ya lo dije; pero ahora quiero divertirme más.

Debra se encogió de hombros.

—Siendo así, no quiero impedir que te vayas —contestó—. Es más, yo te ayudaré a irte de aquí.

Abrió el bolso y sacó un revólver con silenciador. Lena lanzó un chillido horroroso.

El primer disparo la arrojó contra la pared. Resbaló lentamente y quedó sentada en el suelo, mientras la sangre empezaba a fluir por el agujero que la bala había abierto en el centro de su pecho.

—Por favor —gimió—, no me mate...

Fríamente, sin sentir el menor remordimiento, Debra le metió una segunda bala en la cabeza. Lena se estremeció convulsivamente y luego se tumbó de lado.

Debra hizo un gesto de repugnancia.

—Otra vez tendré que limpiar las manchas de sangre —murmuró—. ¡Qué asco!

★ ★ ★

—Creo que estamos sobre la buena pista, Mike —dijo Cynara excitadamente.

—¿De veras? Cuéntame, muchacha —pidió el detective.

Estaban en un rincón discreto del bar del hotel, adonde Hays había ido tras hablar con el gerente del Commodore. Los ojos de Cynara brillaban de excitación.

—He recibido una llamada —manifestó Cynara—. Es la dueña de una importante casa de modas de la ciudad. Ha dicho que volverá a llamarme pasado mañana para concertar una entrevista. Seguro que es ella, la mujer misteriosa, Mike.

—¿Cómo lo sabe usted, Cynara?

—Me dio su nombre, pero no el de la casa de modas ni la dirección.

¿No le parece extraño? Si yo fuera dueña de una importante casa de modas y quisiera contratar a una chica, lo primero que haría sería dar el nombre de la casa. Esto avalaría propuesta, ¿no le parece?

—Es verdad —admitió el detective—. Bien, ¿qué hará usted, Cynara?

—Aceptar —respondió ella en el acto—. Estoy segura de que esta vez conseguiremos algo.

—Es probable. De modo que ella le llamó y no le dio ningún nombre.

—Bueno, el de la casa de modas, no; pero sí el suyo. Dijo llamarse Debra Welsey.

Hays pegó un respingo en el asiento.

—¡Debra Welsey! —repitió.

—Sí, Mike. ¿Qué le pasa? ¿Lo encuentra extraño?

Hays frunció el ceño.

—¿A qué hora recibió la llamada?

—Pues... sobre las cuatro y media de la tarde, aproximadamente.

El detective forzó la memoria un instante.

—Sí, eran las cuatro y media. Yo entré en el Bixby's alrededor de las cuatro y ella...

—Pero Mike, ¿por qué no habla claro de una vez? ¿A qué vienen tantos rodeos? —exclamó la muchacha, impaciente.

—Querida —sonrió él—, cuando Debra la llamó a usted, acabábamos de conocernos. Es más, sé incluso donde vive.

El tumor del asombro llegó ahora para Cynara.

—¡Cielos! ¡Qué increíble coincidencia! —murmuró.

—Así es, Cynara. Los dos hemos hablado hoy con Debra Welsey, aunque yo lo haya hecho en persona.

—Mike... ¿es «ella»?

Hays hizo un gesto de asentimiento.

—Creo que sí, Cynara. Los datos personales coinciden en todo —contestó.

—¿Es tan hermosa como se dice?

—Muy hermosa, hay que reconocerlo, Cynara. No me extraña que cinco hombres hayan perdido la cabeza por ella.

Cynara se estremeció.

—No comprendo cómo una mujer así ha podido cometer cinco crímenes.

—Seis, si contamos a Janice; y no olvidemos tampoco a Miller y a Laramie. Pero aunque de apariencia normal, esa mujer no lo es, no puede serlo. Tiene que estar loca a la fuerza, aunque su locura no se manifieste sino en determinadas ocasiones.

—Cuando secuestra a un hombre —dijo ella.

—Sí.

—Una locura muy extraña, Mike. No le ha impedido conseguir trescientos mil dólares por cada víctima.

—Sí, ello complica un poco las cosas —reconoció el detective—, pero no es menos cierto que resulta imperativo poner fin a este asunto.

—Yo haré todo lo que pueda, Mike —prometió Cynara.

—Debra tiene tres chicas en la casa de campo. Es probable que usted sea la cuarta. Cynara, si se va con Debra, se llevará un transmisor de radio.

—Desde luego, Mike.

—Por otra parte, yo haré todos los posibles por entrar en aquella casa —dijo él—. Ahora mismo iré a ver al capitán Trenton y le comunicaré mis sospechas. Además, quiero averiguar más detalles de la finca. Pueden resultarme útiles, ¿comprendes?

—Sí, Mike. Pero me asalta una duda.

—Hable, Cynara.

—Fueron cinco secuestros con cinco víctimas. ¿Dónde están los cadáveres? ¿Qué hizo Debra con sus cuerpos?

Hays suspiró.

—Cynara, esa es una pregunta a la cual solo Debra Welsey puede responder —dijo.

★ ★ ★

—Bien, sí, el señor Hays es un cliente muy importante de mi hotel. Suele venir por Harrington con cierta frecuencia, debido a sus negocios, y puedo asegurarle que el hotel tiene pocos clientes como él, señora Welsey.

Debra emitió una encantadora sonrisa.

—No quisiera que usted se lo tomase a mal, señor Bullock —dijo—. He conocido al señor Hays hace algún tiempo y parece ser que nuestras relaciones tienden a estrecharse. He estado casada dos veces y ello me hace ser cauta.

—La comprendo perfectamente —contestó el gerente del Commodore—. No obstante, habrá de permitirme que le haga patente mi extrañeza respecto a un detalle, señora Welsey.

—Usted dirá, señor Bullock.

—Ha venido a solicitarme informes del señor Hays y yo se los he dado con mucho gusto. Pero, ¿no podría haberlos obtenido de alguna agencia especializada en estos menesteres?

Debra volvió a sonreír.

—Soy un poco tímida —confesó—. Aparte de que nuestras relaciones pueden no llegar a cuajar en algo definitivo, me desagradaba profundamente la idea de que otras personas pudieran enterarse de este pequeño problema mío.

—Entiendo —dijo Bullock.

—Además, una agencia de detectives es, ciertamente, un lugar donde se guardan los secretos de la clientela muy bien, pero en comparación con el gerente del hotel, esa misma agencia es un periódico de escándalo.

Bullock rio cortésmente.

—Una comparación sumamente acertada, señora Welsey. Sí, un gerente de hotel es tan discreto como una tumba —manifestó.

Debra se puso en pie. Bullock se dispuso a acompañarla hasta la puerta del despacho. Tomó su mano, se inclinó y la besó galantemente.

—Mil gracias por todo, señor Bullock —se despidió Debra.

—A sus órdenes, señora Welsey.

Sentados en la parte posterior de un automóvil, estacionado cerca del hotel, Hays y el capitán Trenton vieron salir a Debra y subir a su coche.

—Es ella, no puede ser otra —dijo Trenton, mordiéndose los labios.

—Sí, pero lo más importante de todo es que ha mordido el anzuelo —contestó el detective.

—¿Piensas dejarte secuestrar?

—No hay otro remedio, capitán.

—Resultará arriesgado, Mike.

—Lo sé. Debra es una mujer muy inteligente. Empleó a unos cuantos rufianes para que le consiguieran informes, pero cuando se vio en peligro, los eliminó. Por ahora, reconócelo, no tenemos pruebas de que ella sea Marilyn Guiltford o Bella Potters, ni tampoco las tenemos de los cinco asesinatos cometidos con los raptados. Es preciso que yo encuentre esas pruebas.

—Ayudado por Cynara Alsthom.

—Tiene un transmisor de radio. Dará informes de lo que suceda en la casa de campo.

—Pertenece hace años a un tipo que se arruinó —dijo—. Su familia estaba deseando deshacerse de ella, pero lo más que ha conseguido fue alquilarla a la señora Welsey.

—Para Debra es el lugar ideal donde esconder a sus víctimas. A nadie se le hubiera ocurrido buscarlas allí.

—Yo me pregunto qué es lo que ha impulsado a esa mujer a actuar de semejante manera. ¿Qué opinas tú, Mike?

—Debra actúa movida por un doble impulso: el de la codicia y el

del producido por el desequilibrio de su mente, que la lleva a asesinar a sus víctimas.

—Demasiado complicado —refunfuñó el policía—. Si las elimina, es para evitar que hablen. Recuerda a Janice Ernest, por ejemplo.

—Como sea, esa mujer no está bien de la cabeza, capitán.

Trenton rio agriamente.

—Pues anda, que si llega a estarlo... —comentó con sarcasmo—. El trabajo que nos ha dado no ha sido escaso, Mike.

Hays asintió.

—Pero al fin hemos dado con ella y, créeme, estamos a punto de dar término a sus nefastas actividades —contestó.

★ ★ ★

—Por el momento —dijo Debra—, no tendrá que hacer nada, señorita Alsthom. Bueno, si me permite, la llamaré Cynara.

—Como guste, señora Welsey —sonrió la muchacha, mientras contemplaba la decoración del dormitorio en que iba a alojar durante su estancia en la casa de campo.

—Tengo mis teorías particulares acerca de las chicas que han de servir de maniqués en mi casa de modas —manifestó Debra—. Usted viene de Nueva York, una ciudad eminentemente agitada, donde la lucha por la vida es continua y excitante. Unos días de reposo en pleno campo, cambiarán por completo su estado anímico y relajarán sus nervios. Esto se refleja no solo en el semblante, sino también en el estado general corporal.

—Tiene usted razón, señora. Últimamente me sentía un poco nerviosa. Creo que una pequeña temporada en el campo me sentará muy bien.

—Lo notará en solo cuarenta y ocho horas. Silencio, quietud... disponemos de un estupendo parque con piscina. Hay tres chicas más, que se sienten encantadas de estar aquí. ¿Quieres conocerlas, Cynara?

—Será un placer, señora.

Cynara dejó su bolso sobre la cama y siguió a Debra. Bajaron al primer piso y salieron al parque por una puerta posterior.

La muchacha se extrañó de no ver a ninguna sirvienta. ¿Era que ellas se tenían que hacer todas las labores de la casa?

Momentos después, llegaban a la piscina. Debra agitó una mano.

—Acérquense, chicas —dijo—. Quiero presentarles a su nueva compañera.

Sally, Martha y Lola se aproximaron a la pareja y saludaron efusivamente a la recién llegada.

—Lo pasarás muy bien —aseguró Lola.

—La señora Welsey es muy buena —elogió Martha.

—Nosotras nos sentimos muy contentas de trabajar para ella —agregó Sally.

—Espero ser una más entre vosotras —dijo Cynara.

—Si quiere bañarse, puede ir a su habitación a cambiarse —sugirió Debra—. Empiece ya su cura de reposo, Cynara.

—Sí, señora.

—Yo tengo que regresar a la ciudad para realizar algunos encargos. Volveré a la noche.

Cynara y Debra abandonaron la piscina. Sally, Martha y Lola dejaron de sonreír casi en el acto.

—La llegada de esta chica puede estropear nuestros planes —murmuró Sally.

—Quizá no —dijo Martha—. Esperar un par de días más no cuesta mucho y podremos tantearla.

—Yo creo que se unirá a nosotras —opinó Lola—. Recordad, hay millón y medio en la caja fuerte.

—Lena fracasó —murmuró Martha sombríamente.

—Nosotras no fracasaremos. Es preciso tener paciencia —dijo Lola—. Cuando llegue el momento, no habrá fracaso.

—Cuidado —se estremeció Sally—. Debra es muy astuta.

—Y muy inteligente —añadió Lola.

—Pero también las personas inteligentes cometen errores —dijo Martha, resumiendo con aquella frase todos los comentarios.

Mientras, Cynara había subido a su habitación. Se puso un traje de baño rápidamente y luego miró a través de la ventana.

Debra salía de la casa en aquel momento. Subió a su automóvil y arrancó en dirección a la puerta exterior.

Cynara aguardó todavía unos minutos. Luego corrió hacia su bolso, sacó el transmisor de radio y desplegó la antena.

—Mike —llamó—. Habla Cynara. Conteste, pronto.

La voz del detective no tardó en llegar a sus oídos.

—Adelante, Cynara. La oigo bien, claro y fuerte.

—Ya estoy en la casa de campo. Todo marcha, Mike.

—Lo celebro, muchacha. Cuidado.

—Sí, Mike. Una advertencia.

—Diga, Cynara.

—Debra ha ido a la ciudad. Hace cinco minutos que se fue.

Hays soltó una risita.

—Sabía que vendría —contestó—. Estamos citados para dentro de treinta minutos en el Harry's, un local con reservados muy adecuados

para que una pareja pueda conversar sin testigos.

CAPÍTULO XI

Debra Welsey llegó al Harry's y entró en el local. En el momento de cruzar la puerta, se dio cuenta de que se había olvidado de hacer una diligencia.

Sin más preámbulos, buscó una cabina telefónica. Tenía que avisar al supermercado para que le llevaran el pedido de comestibles. Abrió el bolso y frunció el ceño.

—Soy muy descuidada —murmuró apagadamente—. He olvidado la agenda de direcciones en el otro bolso.

Pero allí tenía una guía telefónica para reparar el olvido. Abrió el libro y empezó a buscar la letra H. El supermercado estaba registrado bajo el nombre de Mayser, su propietario.

Su dedo índice, rematado en una uña ensangrentada, recorrió las columnas de nombres. De pronto, un apellido saltó ante sus ojos con letras de fuego:

Hays, Michael, detective privado.

Debra sintió como un golpe en el pecho. Así, pues, Mike Hays no era el rico negociante que presumía ser, sino un detective.

Reflexionó unos momentos. La habían engañado. Incluso Bullock, el gerente del Commodore había tomado parte en la comedia.

Una súbita idea acudió repentinamente a su imaginación. Buscó la letra A y no tardó en encontrar el apellido de su nueva modelo, seguido del nombre.

Debra cerró la guía lentamente. Sonreía.

—Están de acuerdo —musitó—. Bien, será cosa de tenerlo en cuenta.

Iba a ser divertido, muy divertido, se dijo, mientras abandonaba la cabina telefónica.

A los pocos pasos se encontró con Hays.

—Mike —dijo suavemente, tendiéndole una mano.

—He sido puntual —contestó él.

—Me gusta la puntualidad —expresó Debra—. Yo también acabo de llegar.

—En ese caso, vamos a celebrarlo tomando algo. ¿Le parece bien?

—¿En la barra, Mike?

Hays fijó la vista en el rostro de Debra. ¿Era posible que una mujer tan bella fuese una despiadada asesina?

—Arriba hay reservados —indicó él, como respuesta a la insinuante pregunta de Debra.

—Estaremos mejor, en efecto.

Mike se acercó al mostrador y pidió una botella de champaña y dos copas. El *barman* le indicó un número y Hays puso en su mano un billete como recompensa.

Momentos después, un discreto camarero depositaba sobre la mesa del reservado la botella de champaña y dos copas. Luego dejó solos a la pareja.

Hays llenó las copas y entregó una a Debra.

—Por la mujer más hermosa que he conocido —brindó.

Ella sonreía incitantemente.

—¿Lo cree así, Mike?

—Voy a demostrárselo ahora mismo.

Hays tomó un sorbo. Luego dejó su copa sobre la mesa. A continuación, se acercó a Debra y rodeó su cintura con sus brazos.

—Es usted muy audaz, Mike —sonrió ella.

—Una mujer tan bella como usted, convierte en audaz al más tímido —contestó Hays, buscando los labios de la mujer.

Debra se dejó besar. Al cabo de unos momentos, todavía colgada del cuello de Hays, dijo:

—Mike, este reservado... no es muy reservado, me parece.

Hays emitió una ligera carcajada.

—¿Conoce usted algún lugar todavía más reservado?

—Mi casa. Vivo en el campo. Allí estaríamos mucho mejor, Mike.

—De acuerdo. ¿Cuándo?

Debra lanzó una mirada hacia la ventana. Ya anochecía.

—¿Por qué no ahora mismo? —propuso.

—Saldremos dentro de treinta segundos —dijo Hays.

—¿Treinta segundos? —se extrañó Debra.

Hays se lo demostró prácticamente. El segundo besó duró medio minuto.

—Tenías razón —dijo ella, tuteándole—. ¿Vamos?

★ ★ ★

Cynara vio llegar el coche y detenerse frente a la entrada. Debra y el detective se apearon en el acto.

El corazón de la muchacha palpitaba con ritmo anormal. Cynara presentía que el desenlace se aproximaba con gran rapidez.

Hays y Debra entraron en la casa. El detective lanzó una mirada de complacencia a su alrededor.

—Una casa muy bonita —elogió.

—No está mal —contestó Debra—. Ven, te enseñaré un lugar donde podremos estar tranquilos, sin ser molestados.

—Será un placer —aseguró el detective.

Debra cruzó el amplio vestíbulo y abrió una puerta. Hays se dio cuenta de que al otro lado había una escalera que se hundía en el subsuelo.

—¿En un sótano? —se extrañó.

—Tú, sí —dijo Debra, a la vez que lanzaba al rostro de Hays un chorro de gas narcótico, por medio de un tubo que parecía una pluma.

Hays se tambaleó. Trató de escapar, pero el gas era de efectos muy rápidos y se desplomó al suelo apenas había dado media docena de pasos.

Debra le contempló fríamente unos segundos. Luego, sin inmutarse en absoluto, dejó el bolso a un lado y agarró a Hays por debajo de los brazos.

En apariencia, era una mujer muy delicada. Su aspecto, sin embargo, resultaba sumamente engañoso. No pareció que tuviera que usar una fuerza excesiva para arrastrar el cuerpo del inconsciente detective.

Momentos después, volvía al vestíbulo. Se atusó un poco el pelo y procuró recobrar la normalidad de su respiración. Un minuto más tarde, abrió la puerta de una sala donde tres muchachas estaban en posturas displicentes.

Lola contemplaba la televisión, con un cigarrillo en una mano y un vaso alto en la otra. Sally se cuidaba de sus uñas. En cuanto a Martha, estaba tendida al revés en un sillón, con los pies por alto, una revista en las manos y una caja de bombones sobre un taburete contiguo.

Las tres volvieron la vista simultáneamente al oír el ruido de la puerta. Debra sonrió de una manera extraña.

—Esta noche habrá reunión —dijo.

—¡Por fin! —exclamó Lola.

—Empezaba a aburrirme —declaró Martha.

—¿Trescientos mil otra vez? —preguntó Sally.

Debra meneó la cabeza. Luego soltó una carcajada.

—Esta vez no habrá dinero —contestó—. Esta vez lo haremos por amor al arte.

—¿Qué pasará después? —quiso saber Lola, con cierto recelo.

—Se repartirá el botín. Cada una podrá volar adonde se le antoje.

—No está mal —aprobo Sally—. ¿Ciento cincuenta mil, señora?

Una rara sonrisa apareció en los labios de Debra Welsey.

—Doscientos mil —contestó—. Aumentaré en cincuenta mil la

«dosis», porque quiero que me ayudéis a hacer una pequeña trampa.

Las tres chicas se miraron y sonrieron complacidamente.

—Estamos a su entera disposición, señora Welsey —resumió Lola el sentir general.

—Gracias, hermosas. Luego concretaremos los detalles de la reunión. Ahora voy a cambiarme de ropa.

Debra salió y cerró. Las tres muchachas volvieron a mirarse nuevamente.

—Otra reunión —murmuró Sally.

—¿Qué será esa pequeña trampa que mencionó? —exclamó Martha, intrigada.

—Yo opino, más bien, que será una trampa bastante grande —declaró Lola con voz más firme que la de sus compañeras.

Sally y Martha la miraron con expresión llena de curiosidad.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la primera.

—Sencillamente, ella quiere damos doscientos mil a cada una.

—Lo que no está nada mal —dijo Martha.

—En comparación con medio millón, una fruslería.

—¿Cómo? —saltó Martha—. Expílicate, te lo ruego.

Lola hizo un gesto con la cabeza.

—Arriba, en su cuarto, hay millón y medio. Si reparte doscientos mil dólares por barba, le quedarán novecientos mil.

—Menos, porque hay que contar con la nueva —alegó Sally.

—No —contradijo Lola con voz firme—. Precisamente has dicho que es nueva; por tanto, no tiene derecho alguno a este botín. Podría dársele una parte si el hombre que está en el sótano tuviese dinero, pero ella ha dicho que lo haremos por amor al arte.

—Sí, tienes razón —aprobó Martha—. Pero, ¿de dónde sacas medio millón?

—De tres partes iguales del botín —contestó Lola.

—Entonces, Debra...

—Nada para ella, ni un centavo.

—Protestaré —vaticinó Sally.

—Que proteste todo lo que quiera. De nada le servirá.

—Es imposible abrir la caja fuerte. Lena lo probó y... bueno, ya sabéis lo que sucedió.

Lola se echó a reír.

—No es difícil abrir una caja fuerte cuando lo hace quien conoce la forma de hacerlo —contestó.

—Creo que empiezo a comprenderte —dijo Sally—. Debra en persona abrirá la caja.

—Sí, exactamente.

—Se negará, no querrá —aseguró Martha.

—¿De veras? —Lola continuaba riendo—. ¿Es que no podemos obligarla entre las tres a que abra la caja?

Sally y Martha intercambiaron una mirada nuevamente.

—Creo que Lola tiene razón —dijo Martha.

—Podemos obligarla —agregó Sally pensativamente—. Hay muchos medios de hacerlo.

—Y si estamos unidas, no fallaremos —afirmó Lola con gran vehemencia.

—Desde luego —concordó Martha—. Pero puede que haya un obstáculo para llevar a cabo tu plan.

—¿Cuál? —quiso saber Lola.

—La nueva, Cynara Alsthom.

Una pérfida sonrisa apareció en los labios de Lola.

—En confianza, chicas, ¿creéis que Cynara puede ser obstáculo serio entre el dinero y nosotras?

Sally rompió a reír. Martha la imitó apenas un segundo más tarde.

★ ★ ★

Sonó el teléfono. Cynara, sobresaltada, volvió la cabeza.

La muchacha se dio cuenta de que era un aparato perteneciente a la red interna. Se acercó a la pared y lo descolgó.

—¿Quién?

—Soy yo, la señora Welsey. ¿Puede bajar al vestíbulo un momento, por favor?

—Con mucho gusto, señora.

—Gracias, señorita Alsthom.

Cynara abandonó el dormitorio. Salió al corredor y se dirigió a la escalera que conducía al piso bajo.

Apenas había desaparecido, Debra abrió una puerta en el corredor y lo cruzó velozmente. Entró en la habitación de la muchacha y oteó rápidamente los objetos que había en el interior de la misma.

Un bolso de regular tamaño llamó su atención. Debra se acercó a la consola donde estaba el bolso y lo abrió.

Sus ojos chispearon de satisfacción. Dentro del bolso vio un pequeño revólver, cuyas balas extrajo del tambor. A continuación fijó su interés en el pequeño transmisor de radio.

Tras unos segundos de reflexión, quitó la tapa posterior. El contenido del aparato quedó al descubierto.

Debra sacó las pilas. Acto seguido, colocó la tapa y procuró que todo quedase tal como estaba antes de su incursión. Una vez hubo

terminado, abandonó la estancia y se dirigió al fondo del corredor.

Había allí una puertecita que comunicaba con el jardín por medio de una escalera voladiza exterior. Debra la utilizó para salir al exterior y dar la vuelta a la casa, entrando luego por la puerta a nivel del suelo de la cocina.

Instantes después, aparecía en el vestíbulo con la sonrisa en los labios.

—¿Cómo está, querida? —saludó afablemente—. Espero no la haya hecho aguardar demasiado.

—No tiene importancia, señora —contestó Cynara—. ¿Quería algo de mí, en particular?

—Oh, hasta cierto punto... Esta noche, después de las diez, tendremos una reunión muy simpática. No deje de asistir a ella, se lo ruego. En el salón principal.

—Sí, señora Welsey, como usted diga.

—Lo pasará muy bien, créame —aseguró Debra.

Cynara sintió una cierta aprensión al escuchar aquellas palabras. ¿Tomaría Mike parte en la reunión? ¿En qué lugar de la casa se encontraba en aquellos momentos?

★ ★ ★

Mike Hays abrió los ojos, aunque durante unos momentos sintió un singular torpor en los miembros que apenas si le permitía hacer algún movimiento. Gradualmente, sin embargo, fue recobrando las fuerzas, hasta que pudo sentarse en el suelo.

Se levantó momentos después. Sentía sed y buscó agua. No tardó en encontrar un grifo en un cuarto de baño contiguo. El agua refrescó sus fauces y contribuyó a la claridad de su mente.

La ventana del cuarto de baño y la de la estancia contigua tenían fuertes rejas, protegidas contra la curiosidad exterior por unos recios mamparos de tablas. Por ciertos detalles, Hays calculó que aquellas ventanas se hallaban al nivel del suelo exterior.

La puerta era de madera, muy gruesa, con una sólida cerradura que resistió todos los esfuerzos del joven para abrirla. Hays torció el gesto.

Se registró las ropas cuidadosamente. Alguien lo había hecho antes que él.

No llevaba sobre sí ni un mísero cortaplumas con el cual emprender la aventura de la evasión. Era forzoso, por tanto, esperar, pero la espera significaba pérdida de tiempo, lo que, a la larga, podría resultarle fatal.

Con los muebles de la habitación no podía soñar siquiera en romper la puerta. Su única esperanza, estribaba en que alguien viniese a darle

explicaciones acerca de su forzado encierro.

¿Debra Welsey?

No había otra persona. Hays se sintió angustiado al pensar en Cynara. ¿Habrían descubierto su verdadera identidad?

Exploró la habitación palmo a palmo. Era preciso ser paciente y tenaz. En una de sus exploraciones, divisó un círculo de vidrio situado en una de las paredes, junto al techo.

Utilizó una silla para examinar aquel disco de cristal. Pronto supo de qué se trataba.

Una cámara de televisión. Así, pues, dentro de la casa había un circuito cerrado... y alguien podía estar viéndole en aquellos momentos.

De pronto, como si hubiera adivinado sus pensamientos, sonó la voz de Debra Welsey.

—¿Se encuentra bien, señor Hays?

El detective suspendió sus paseos y dirigió la vista hacia el ojo de la cámara.

—Salvo el encierro, no puedo quejarme —contestó—. Pero si mal no recuerdo, hace muy poco nos tratábamos con menos protocolo.

—Tienes razón, aunque eso del tratamiento no tiene importancia —dijo Debra—. De modo que rico negociante, ¿eh?

—Parece que has adquirido informes míos. ¿Quién te los ha dado?

—La casualidad. Fui a telefonar a una persona llamada Hayers y me encontré con tu nombre en la guía.

—Comprendo —dijo Hays apretando los labios—. No se me ocurrió cambiarme de nombre, cosa que, al parecer, tú hiciste en más de una ocasión.

—Me resultaba conveniente —dijo Debra lacónicamente.

—¿Y ahora no?

—Aunque no lo creas, Debra Welsey es mi auténtico nombre.

—El nombre de una mujer que ha cometido innumerables asesinatos.

Debra rio cínicamente.

—No exageres, detective. También he tenido colaboradoras.

—Janice Ernest, por ejemplo.

—Sí, es cierto.

—¿A quién mató Janice?

—A un tal Danny Stayner.

—Lo recuerdo. ¿Dónde está su cuerpo?

—En lugar seguro, no te preocupes.

—Debra, dice, ¿lo hizo Janice por voluntad propia? —quiso saber el prisionero.

—No hubo que forzarla demasiado, en todo caso.

—Cuando murió, estaba drogada. La autopsia de su cadáver, lo demostró concluyentemente.

—Bien, era preciso conseguir su cooperación sin reservas. La droga me ayudaba a ello, Mike.

—Presiento que Janice no fue la única. En más de una ocasión pusiste un anuncio en el *Herald* solicitando chicas hermosas y con buen tipo para una casa de modas inexistente.

—Es cierto —admitió Debra tranquilamente—. Necesitaba a esas chicas para que colaborasen en mis planes.

—Para engañar a incautos como Steyner, por ejemplo; y como Ezra Kelps y Simón Thallon, entre otros.

—Era el mejor medio de traerlos hasta aquí, reconócelo.

—Con una cita en un reservado cuya ventana diera a un callejón, ¿no es así?

Debra soltó una alegre carcajada.

—¿Tan malo era el plan? —preguntó.

—Hasta ahora, te ha salido bien, no se puede negar; pero, ¿crees que seguirá así en lo sucesivo?

—Desde luego que no, porque tú eres el último de la serie, si bien, pobre de ti, no podrás pagar trescientos mil dólares, como los otros.

—Los otros pagaron, porque creían que era el precio de su libertad. En realidad, fue el precio de su muerte.

—Una definición muy acertada, Mike —contestó ella—. No dirás que no soy inteligente; conseguí millón y medio antes de que dices con mi pista.

—Ese dinero no te servirá de nada, Debra. Lo has hecho muy bien, preciso es reconocerlo. Supiste tramar unos planes de impecable ejecución y borrar todas tus huellas, pero era inevitable que a la larga o a la corta se encontrase tu rastro.

—Lo has encontrado tú, pero de nada te servirá.

—Debra, no alardees de un triunfo que aún no has conseguido. Tu cabeza está en peligro.

Ella soltó una alegre carcajada.

—¿Estás seguro? Cynara está aquí. También sé que ella estaba buscándome. Llevaba en su bolso un revólver y un transmisor de radio. El revólver está ahora sin balas y el transmisor sin pilas. ¿Comprendes ahora cuál es tu suerte?

—¿Vas a asesinarme, como hiciste con los otros?

—Sí, pero será una muerte muy hermosa, Mike Hays, porque morirás en los brazos de la mujer a quién amas. ¿No es esa la muerte más dulce que un hombre puede ambicionar?

Hays se puso pálido.

—¡Debra! ¿Qué es lo que te propones hacer? —gritó.

Ella no habló ya. Su única respuesta fue una carcajada, que a Hays le pareció la de un ángel de las tinieblas.

★ ★ ★

—Irás a tu habitación y te arreglarás con tus mejores galas —dijo Debra—. Una vez lo hayas hecho, te dirigirás a la puerta del sótano. En el primer escalón encontrarás dos llaves y un revólver.

—Sí, señora —contestó Cynara con voz opaca.

—La llave más grande abre una reja que está tras unas cortinas, al pie de la escalera. Abre la reja, pasa al otro lado, cierra con llave y arrójala luego fuera del alcance de tu brazo.

—Sí, señora.

—La llave pequeña abre una puerta de madera que hay a un metro de la cancela. Abre la puerta de madera. Encontrarás a un hombre. Dispárale los seis tiros del revólver. Cerciórate de que muere, ¿entendido?

—Sí, señora.

—Ya puedes empezar, Cynara. Cuando hayas terminado, yo bajaré a abrirte.

La muchacha se puso en pie. Con mirada ausente y paso de autómatas, salió de la habitación.

Los efectos de la droga eran patentes en el rostro y en el porte de la muchacha. Cuando hubo salido, Lola formuló una pregunta:

—¿Por qué el revólver en esta ocasión, señora Welsey?

—El prisionero está advertido. Si ella usara un puñal, Mike podría desarmarla cuando intentase abrazarlo. El revólver eliminará ese riesgo.

Martha meneó la cabeza.

—Quizá no dé resultado —dudó.

—¿Por qué? —preguntó Debra.

—Cynara está drogada, es cierto, pero no se trata de un caso como los anteriores. Ella conoce al detective y ese conocimiento puede influir en su voluntad, causando una resistencia instintiva a las órdenes recibidas, lo que le impediría disparar el revólver.

—No lo creo, pero, en el peor de los casos, acabaríamos con ambos. Antes de amanecer habremos abandonado ya la casa y nos dispersaremos para siempre... —Debra soltó una satánica carcajada—. Libres, jóvenes, hermosas... y ricas.

Las tres chicas volvieron a mirarse. Debra añadió:

—Os estoy muy agradecida por la ayuda que me habéis prestado al hacer que Cynara eligiera la bola roja. Será un placer contemplar cómo

dispara el revólver contra el hombre amado.

Debra se levantó y encendió el televisor.

La imagen del detective, paseándose por su encierro como un león enjaulado, se reflejó a los pocos segundos en la pantalla. Con plácido acento, Debra dijo:

—Cynara ya no puede tardar mucho en llegar al sótano.

Y se volvió hacia la mesa, pero entonces vio que las tres chicas avanzaban a una hacia ella.

—¿Eh? ¿Qué os pasa? —preguntó alarmada—. ¿Os habéis vuelto locas?

Lola meneó lentamente la cabeza.

—No, no estamos locas, Debra Welsey —contestó—. Solo queremos repartimos el botín.

—Quinientos mil dólares para cada una de las tres —añadió Martha.

—Medio millón —sonrió Sally.

—Os toca a doscientos mil dólares por barba...

—¿De veras? —rio Lola—. Señora Welsey, temo que no esté usted muy fuerte en matemáticas. Eche cuentas, por favor. Millón y medio para tres personas.

Debra empezó a sentir una terrible aprensión. Retrocedió un paso y exclamó:

—Para conseguir ese dinero, tendréis antes que abrir la caja fuerte y ninguna de vosotras conocéis la combinación.

—Pero usted nos la enseñará, ¿verdad?

—Lola, si crees que...

Debra se interrumpió.

Acababa de comprender las intenciones de las tres chicas. En un instante, tomó una decisión.

Saltó sobre una consola cercana y abrió un cajón, del que extrajo un revólver, con que hizo fuero inmediatamente.

Martha lanzó un agudísimo chillido, a la vez que se llevaba ambas manos al pecho. Sally, con rápidos reflejos, arrojó una silla contra Debra y el revólver voló por los aires. Casualmente, Chocó contra la pantalla de televisión, que se rompió con gran estruendo.

Lola se arrojó inmediatamente sobre Debra.

—¡Ayúdame, Sally!

Convertidas en fieras humanas, que se peleaban salvajemente, ninguna de las tres mujeres prestó atención a Martha, que agonizaba en el suelo.

Mike Hays oyó ruido en la cerradura y saltó a un lado de la puerta. Estaba dispuesto a luchar para salvar su vida.

La puerta se abrió. Una mujer, envuelta en blancos velos, apareció en la estancia, con un revólver en la mano.

Hays golpeó la muñeca de Cynara. El revólver saltó por los aires.

Ella lanzó un débil grito y trató de recobrar el arma, pero Hays, sin ninguna consideración, la empujó con fuerza, haciéndola rodar por el suelo.

—Tengo que matarte, tengo que matarte... —dijo Cynara con acento obsesivo.

Hays no hizo el menor caso de aquellas palabras. Harto veía que la muchacha estaba completamente drogada.

El revólver pasó a su poder. Cynara, tras el golpe, había quedado sumida en una especie de estupor, que la convertía casi en un objeto inanimado. Hays decidió no preocuparse de ella por el momento; en sus actuales condiciones, la muchacha solo podía constituir un estorbo.

—Demasiado has hecho ya —dijo, mirándola con simpatía.

El revólver había pasado a su poder. Alcanzó la reja de hierro y forcejeó unos instantes. Torció el gesto al comprobar que estaba cerrada con llave.

Apenas si pudo apartar las cortinas a un lado, sacando el brazo por entre dos de los hierros. Un mueca de contrariedad se dibujó en su cara al ver la llave caída a un par de metros de la cancela.

Con los medios de que disponía, era imposible recobrar la llave, al menos en un corto espacio de tiempo. Hays sabía que debía actuar con la mayor rapidez posible; estaba seguro de que había sido visto a través de la cámara de televisión y debía prepararse para rechazar el inevitable contraataque de Debra Welsey.

Situado a dos pasos de la reja, apuntó a la cerradura y disparó dos veces con todo cuidado. Las balas chillaron agudamente.

Un tremendo puntapié venció definitivamente la resistencia de la cerradura. Hays se precipitó al exterior y corrió escaleras arriba.

La casa estaba desierta. Recorrió unas cuantas habitaciones de la planta baja, sin encontrar a nadie. En un elegante salón divisó un televisor con la pantalla destrozada.

¿Dónde se habían metido las mujeres? ¿Habían escapado al observar su reacción?

En tal caso, la destrucción del televisor parecía un hecho incongruente. No había motivos para romper la pantalla... a menos que hubiera sucedido en un ataque de ira de Debra Welsey.

¿Y aquella hermosa muchacha muerta de un tiro en el pecho? ¿Quién la había asesinado?

Súbitamente, cuando más desconcertado se sentía ante aquel enigma, oyó un horripilante alarido que procedía del piso superior. Se le puso la piel de gallina al captar aquel sonido que procedía de labios de una mujer bárbaramente torturada.

★ ★ ★

Debra quería revolverse, pero no podía. Estaba arrodillada frente a la puerta de la caja fuerte. Sally tiraba despiadadamente de su pelo hacia atrás, a la vez que le clavaba una rodilla entre los hombros.

—¡Habla, habla! —exigía Lola, inclinada sobre ella, con un afilado estilete en las manos—. Dinos la clave...

—No, no os lo diré... —aulló Debra, loca de ira.

El cuchillo rasgó la piel de su brazo. Debra soltó un chillido.

—¿Hablarás ahora? —preguntó Lola ferozmente.

Debra intentó resistir. La punta del estilete abrió un hondo surco paralelo al primero en la piel del brazo.

—Resiste —rio Sally—. Sigue resistiendo y te cortaremos a pedacitos. Más, Lola, más...

Las dos mujeres parecían atacadas por una terrible locura. Debra chilló cuando vio el cuchillo acercarse ahora a su cara.

—¡No, la cara no! —gimió, temerosa de perder su hermosura—. Os diré la clave, pero respetadme la cara...

—Bien, habla —pidió Lola.

Con voz entrecortada, Debra enumeró las cifras de la clave. Sally cambió una mirada con Lola.

—Compruébalo primero —dijo—. Si nos ha mentido, continuaremos.

—Está bien —respondió Lola.

Se acercó a la puerta de madera y la abrió. Al otro lado había otra de acero, de más de un metro de altura.

Lola movió la ruedecilla de la combinación, mientras Sally continuaba inmovilizando a Debra. En la mano derecha, Sally tenía el revólver con el que su prisionera había matado a Martha.

La puerta de acero se abrió al fin. Los ojos de Lola se desorbitaron al contemplar aquellas enormes pilas de billetes de Banco.

—¡Fantástico! —exclamó—. Jamás había visto nada igual.

Se volvió hacia Sally con la sonrisa en los labios.

—¿Qué hacemos con esa? —preguntó—. Sally, setecientos cincuenta mil para cada una —agregó.

—Sí —contestó Sally.

Lola se acercó a Debra, cuya postura no había variado todavía. Los

ojos de la prisionera expresaron todo el horror de la situación.

—No, por favor —sollozó—. No me matéis... El dinero para vosotras, pero...

Lola recogió el estilete que estaba caído sobre el suelo. Debra empezó a chillar espeluznantemente. Su grito se cortó de una manera repentina cuando el estilete se hundió a fondo en su garganta.

Sally soltó a Debra, que cayó de lado, revolcándose espantosamente.

—Tendremos que darle las gracias por habernos hecho ricas —dijo Lola con pasmosa tranquilidad.

—Sobre todo, yo —declaró Sally. Y acto seguido, disparó cuatro veces seguidas contra Lola.

La joven gritó, pero los disparos acallaron sus alaridos. Manoteó horriblemente unos momentos y al fin acabó por caer al suelo.

Sally también se estremeció un momento. El espectáculo era espeluznante.

Pero casi enseguida dirigió la visita hacia la caja fuerte. La contemplación de aquella inmensa fortuna le hizo sonreír.

—Valía la pena —murmuró, a la vez que avanzaba hacia aquel tesoro.

En el mismo instante, oyó ruido en la puerta de entrada. Sally se revolvió y disparó un tiro contra el hombre que entraba en aquel instante.

Hays se agachó maquinalmente e hizo fuego por puro instinto de defensa. Su bala alcanzó a Sally en un hombro y la hizo dar media vuelta.

Sally lanzó un aullido de rabia. El revólver se había caído de sus manos y trató de recogerlo con la izquierda.

—¡No toque ese arma! —gritó Hays.

Ella, loca de rabia, no le hizo el menor caso. Apretó el gatillo, pero el percutor cayó sobre una cápsula ya gastada. Demasiado tarde comprendió que había empleado un tiro de más en Lola.

Hays sintió un escalofrío de horror al presenciar aquel tremendo espectáculo. Luego reparó en la caja fuerte, abierta de par en par, en cuyo interior había millón y medio de dólares.

Sally empezó a llorar amargamente. No sentía el dolor de la herida, sino la ruina de sus ilusiones, frustradas en el último instante.

★ ★ ★

Media docena de policías, provistos de picos y palas, excavaban en aquel rincón del parque que Hays había visto cubierto de abundante césped. Otros agentes tomaban notas y exploraban los menores

rincones de la siniestra mansión.

Cynara empezaba a recobrase de los efectos del narcótico, ayudada por el detective. Trenton entró en la habitación donde la muchacha, acompañada por Hays, procuraba volver a la normalidad psíquica.

—Sally Teel lo ha declarado todo —informó el policía.

—Esta pesadilla se ha acabado al fin —dijo.

—Gracias a ustedes dos —sonrió Trenton—. Pero han corrido un serio peligro.

—Ya se ha pasado —contestó Hays—. ¿Qué ha dicho Sally de Debra Welsey?

—¿Qué querías que dijese? Que Debra las tenía sometidas a su voluntad, que las obligaba a atraer a las víctimas y a matarlas una vez conseguido el dinero... En parte, tiene razón, Mike.

—Es posible que Debra poseyese una personalidad muy fuerte, que se imponía a las demás; y cuando ello no bastaba, recurría a las drogas. Pero, a mí entender, el principal aliciente era el dinero.

—Eso sí es verdad —concordó Trenton—. De todas formas, Debra era una hábil psicóloga, que sabía estudiar muy bien a sus colaboradoras, antes de admitirlas definitivamente. Sally Teel ha declarado que vinieron otras chicas y que fueron despedidas al cabo de pocos días.

—Seguramente, Debra consideró que tenían una personalidad muy fuerte y que le sería difícil imponerse a ellas.

—Así es, Mike.

Hubo un momento de silencio. Luego, Trenton, pensativamente, dijo:

—Mike, ¿qué clase de mujer era Debra Welsey?

Hays meneó la cabeza.

—Seguramente, se juntaban en ella diferentes sentimientos: sadismo, falta de escrúpulos, ambición de poder, que solo podría conseguirla por medio del dinero, tal vez un odio congénito a los hombres, pero, sobre todo, un desequilibrio de su mente que solo se manifestaba en algunas ocasiones.

—Cuando tenía un prisionero en el sótano y podía dar rienda suelta a su sadismo, contemplando su asesinato.

—Sí, eso creo que era.

Trenton respiró profundamente.

—Pero no contó con que las otras podían ser también ambiciosas —dijo—. La sumisión en que las tenía era como una especie de gas comprimido durante demasiado tiempo en un recipiente muy pequeño. Se acumularon las tensiones, el gas se dilató... y la tapadera acabó por saltar, alcanzándola a ella de lleno.

El policía dirigió a Cynara una mirada de simpatía.

—Espero, señorita Alsthom, que esta aventura la cure de su afán de correr otras por el estilo —dijo.

—No creo que una cosa así vuelva a repetirse —manifestó Hays—. En todo caso, yo me encargaré de ello.

—Creo que lo conseguirás —sonrió Trenton. Hizo un saludo con la mano y abandonó la estancia.

Hays volvió los ojos hacia la muchacha.

—¿Te sientes mejor? —preguntó.

—Sí, Mike.

—Bien, es hora de que volvamos a casa. Necesitas descansar. Mañana iré a verte. Tengo que hablar contigo.

—¿De qué tema, Mike? —quiso saber ella.

—De la mejor forma de curar tu sed de aventuras. Conozco una infalible.

—¿No me la quieres decir, Mike?

—Claro que sí. El matrimonio, Cynara.

La muchacha se echó a reír.

—Mike, el matrimonio, ¿no es también una aventura? —exclamó.

Hays se quedó perplejo un instante. Luego contestó:

—En todo caso, será una aventura que correremos juntos, Cynara.

F I N



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España